

LAS MINAS DEL CIELO

LOUIS G. MILK

COLECCIÓN
ESPACIO

Las minas del Cielo

por

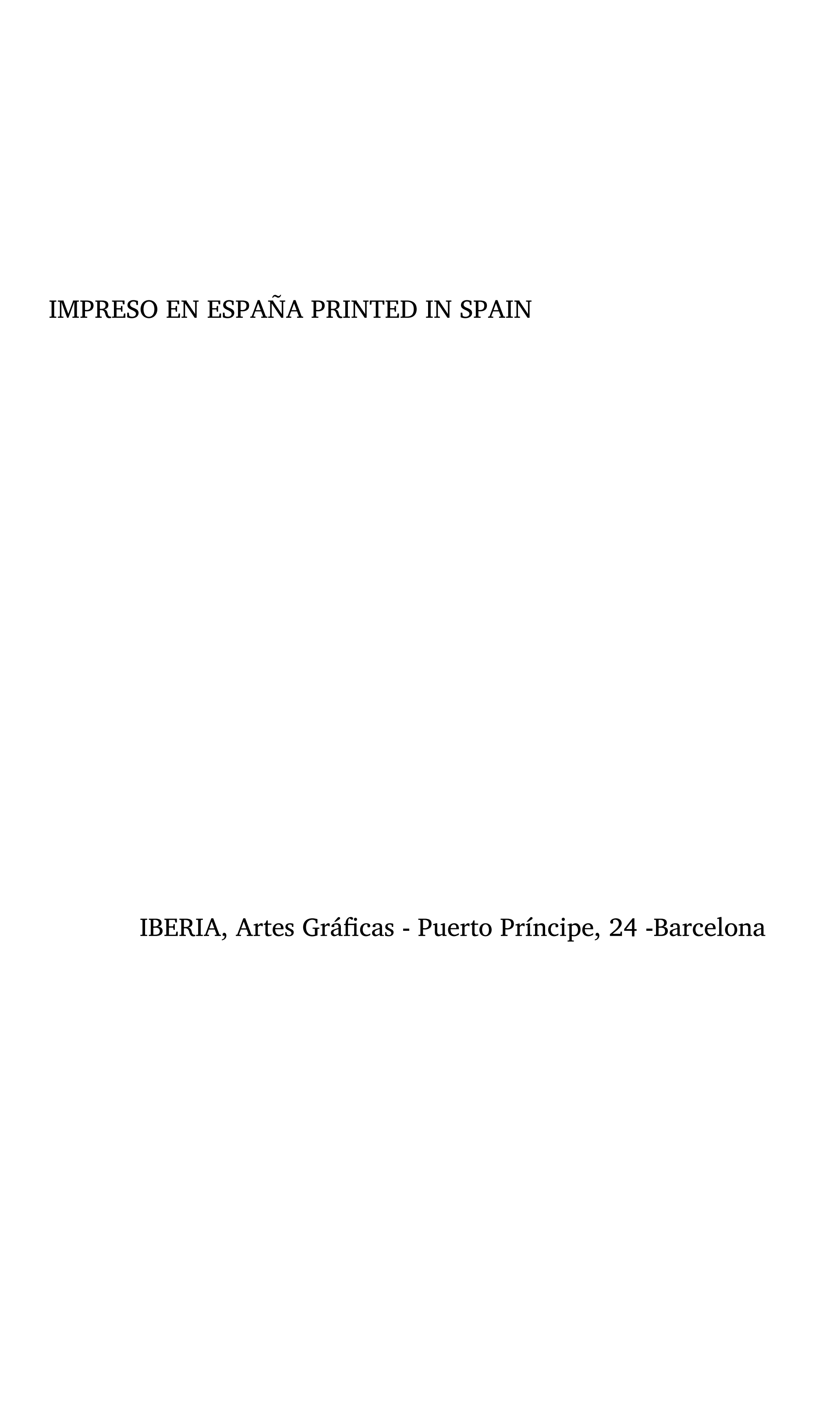
LOUIS G. MILK



E D I C I O N E S T O R A Y, S. A.

Teodoro Llórente. 13

BARCELONA


IMPRESO EN ESPAÑA PRINTED IN SPAIN

IBERIA, Artes Gráficas - Puerto Príncipe, 24 -Barcelona


LAS MINAS del CIELO

CAPÍTULO PRIMERO

Un ligero estremecimiento hizo que el suelo se agitase levemente. Christopher Bliss levantó su vista del suelo y el pulgar del contacto de la corriente que ponía en funcionamiento la perforadora. Dio un salto hacia adelante, porque un trozo de roca de algo así como un metro cúbico de volumen se le escapaba y luego, empujándolo suavemente con la mano, tiró de la cuerda que lo anclaba a la superficie del asteroide hasta que sus pies volvieron a descansar sobre aquella piel de paquidermo que parecía el suelo del enorme pedrusco que vagaba por el espacio a una velocidad de 75 kilómetros por segundo.

Levantó el brazo izquierdo y quiso limpiarse el sudor que le corría por la frente, pero en lugar de ésta encontró el duro plástico de la escafandra de vacío, cosa que le hizo reírse. “La fuerza de la costumbre”, se dijo. Pero como la transpiración, más que abundante, continuaba, movió una llave que tenía en el cuadro de mandos del traje espacial, a la altura del pecho y una pequeña corriente de aire comenzó a circular alrededor principalmente de su rostro, refrescándole notablemente. El traje no se hinchó porque la válvula de escape aumentó el volumen de su salida. Hecho esto, y mientras sentía un Infinito alivio, volvió a la derecha.

— ¡Eh, chicos!—llamó por el transmisor—. ¿Os habéis dado cuenta?

— ¿De qué? — Hermann Oberth suspendió su labor de perforación y miró en la dirección en que se hallaba Bliss, a unos cincuenta kilómetros de distancia.

— ¿Ha ocurrido algo? — la pregunta procedía de Félix Aldea, otro minero del espacio.

—Por lo menos yo he sentido una trepidación — contestó Christopher—. Algo así como el choque de un meteoro contra el asteroide. ¿Y vosotros?

—Hombre, yo... — murmuró Aldea—. No estoy seguro.

—A mí me pareció que el suelo se había movido inesperadamente — repuso Oberth—. Pero, bueno. Lo que sobran son meteoritos por estas latitudes.

—Pues ya ha tenido que ser grande — rezongó Bliss—, para conmover este pedazo de roca. Hay que tener en cuenta que pesa tres o cuatro mil toneladas.

—Bueno, bueno. Dejemos la discusión — dijo Aldea—. Lo importante es que no nos ha ocurrido nada. Peor hubiera sido que el meteoro nos hubiera dado en las narices a alguno de nosotros.

No se registró ningún incidente más durante el día. Ni tampoco durante las dos semanas siguientes. Los tres mineros, compañeros de sociedad, continuaron extrayendo el mineral que luego cargaban en la astronave anclada en un rincón de aquel asteroide que mediría doscientos cincuenta metros a lo sumo en su mayor dimensión, ya que ni siquiera era esférico. Parecía un gigantesco pedrusco y alrededor de él se veían numerosos puntitos luminosos, cuya luz no se podía confundir en modo alguno con la de las lejanas estrellas y que constituían aquella bandada de corpúsculos, flotando en el vacío a cuatrocientos cincuenta millones de kilómetros de la Tierra, bandada propiedad de Bliss, Oberth y Aldea, los cuales hacia poco tiempo que habían comenzado su explotación, motivo por el cual no tenían ningún operario más.

—Hasta que la mina rinda lo suficiente no podremos pagar ningún auxiliar. Nosotros tendremos que hacérnoslo todo — había dicho Bliss, considerado como el jefe de la sociedad.

— ¿Cuánto dinero nos queda? — inquirió Oberth, pocos días

antes de emprender la partida hacia aquella agrupación de asteroides. Estaban terminando de equipar la nave.

— ¿Dinero? — Christopher se echó a reír —. ¿Qué cosa es dinero?

— ¡Oh!—repuso Félix Aldea —Antiguamente solía ser algo en forma de discos. Unos eran de cobre; los había de plata y, hasta creo que los de oro también abundaban.

—Pero los tiempos cambiaron y luego fueron poco a poco substituidos por unos pequeños rectángulos de papel con muchos grabados. Generalmente eran de color verde — suspiró nostálgicamente Oberth—. ¡Ach!

—Recuerdo que cuando era pequeño, mi padre me dio una vez diez dólares. Cuando cumplí los diez años — se lamentó Christopher.

— ¡Diez dólares! Creo que jamás veré tal cantidad de una sola vez. Pero, en fin, me resignaré a hacer de lavaplatos si fracasamos — concluyó Aldea, colocando en el montacargas un cajón de latas de conservas.

Ninguno de los tres perdió el humor. Ni antes, ni durante el viaje, ni siquiera cuando llegaron al campo minero, cuya adquisición había dejado las arcas de la sociedad totalmente exhaustas. Pero a las dos semanas de aquella levísima y extraña trepidación, Christopher tuvo que hacer algo en él polo Sur de aquel asteroide.

Tardó en llegar allí como unos diez minutos. No había que temer más que un impulso exagerado que lo lanzara al espacio, convertido en un astro de nueva índole, puesto que en aquel pedazo de roca apenas si existía prácticamente la gravedad.

—Demasiado pequeño — había refunfuñado Christopher, cuando aterrizaron en él —. Y nosotros demasiado pobres para instalar un mecanismo de gravedad artificial. Tendremos que andar con cuidado si no queremos vernos perdidos en el vacío, Cuando regresó de su cortísima excursión tenía el rostro completamente demudado. Una de las cosas de que primero se habían ocupado a su llegada al asteroide fue construirse un refugio estanco en el que poder vivir con relativa comodidad, sin necesidad de escafandras. Corriendo todo lo que podía, Christopher penetró en la cueva, después de atravesar la esclusa de aire e irrumpió en aquel pequeño recinto en el que sus dos compañeros se disponían a hacer los honores del desayuno.

Oberth fue el primero en advertir la demudada faz de Bliss y se puso en pie con el pote del café en una mano y la jeringa de goma en otra.

—¡*Gott in Himmel!* — gruñó —. ¿Qué te ocurre, Chris?

El interpelado arrebató ambos utensilios de manos del alemán. Llenó la jeringa de café y luego oprimió la goma. Sin gravedad no había otra manera de tomar líquido alguno. Después dijo;

— ¡Acabad pronto el desayuno! Quiero enseñaros algo.

— ¿Qué es? — inquirió Félix, vaciando su pera repleta del caliente líquido—. ¿Acaso se hunde este pedazo de piedra?

—Puede que lo digas en broma, Félix, pero no has soltado verdad mayor por tu boca en todos los días de tu vida.

— ¡¿Queeeé—?!—la exclamación sonó doble, al unísono. El alemán y el español se quedaron boquiabiertos ante la inesperada revelación, pero Bliss no quiso ser más explícito.

—Poneos los trajes espaciales y venid pronto.

—Donnerwetter!

— ¡Santa María Purísima!

Las exclamaciones fueron proferidas en sus respectivos idiomas, pero ni Oberth ni Aldea perdieron tiempo. Confiaban en su amigo y jefe, y sabían que cuando éste decía una cosa, de tal gravedad, motivos tenía, y gordos, para alarmarlos.

Salieron corriendo los tres. Bliss, en cabeza, fue el guía, y al llegar al polo Sur, como así llamaban al lugar opuesto al en que ellos residían habitualmente, los dos compañeros de Christopher se quedaron de piedra.

Parecía imposible que en el vacío, sin atmósfera, con una temperatura terriblemente baja, pudiera vivir ser alguno, pero, sin embargo, era cierto. Desconsoladoramente cierto.

Una masa enorme, gigantesca, ocupando un área de unos treinta o cuarenta metros cuadrados, compuesta por millones y millones de diminutos animalillos, se agitaba constantemente. Bliss calculó que el espesor de aquella invasión animal sería de diez a quince centímetros, lo cual obligaba a los que se hallaban en la parte de arriba a una lucha incesante con los que tenían bajo sus pies.

Los animales tenían el tamaño de una uña de pulgar, por término medio, y una coloración obscura, marrón. Su forma era casi circular. Hubiérese dicho que se trataba de tortugas en miniatura, a no ser porque no tenían patas, sino una levísima excrecencia en la parte delantera, en la que no se veía ningún detalle de ojos, boca, narices u órganos similares. Aquella colosal concentración de bichitos parecía la imagen del movimiento continuo. Christopher percibió claramente una levísima vibración, causada por los animales y estuvo seguro que, de haberse encontrado en un lugar con atmósfera capaz de transmitir los sonidos, hubiera podido percibir un ininterrumpido zumbido, similar al de las abejas enfurecidas. Pero allí tenía que limitarse a suponérselo.

Transcurrieron unos minutos en absoluto silencio, sin que los tres compañeros de minería se atrevieran a romper aquella especie de éxtasis, y no agradable, en que habían caído apenas vieron aquella invasión de animales. El español fue el primero en romperlo, soltando una rotunda exclamación, harto claramente percibida a través de los transmisores.

—¡ ..!—dijo sonoramente, y continuó—: ¡Por las siete lagunas de Ruidera! ¿Qué diablos pueden ser esos bichitos?

El alemán más práctico, alargó una mano, queriendo coger en la palma alguna “tortuguita”, pero Christopher le detuvo en seco:

— ¡No, Hermann, no!

— ¡Ach! ¿Por qué, Chris?

—Te devorarían el traje en menos que canta un gallo, Oberth. Y no dejarás de reconocer conmigo que no es un género de muerte muy agradable que digamos.

—Tienes razón — reconoció el alemán, continuando, fascinado, la contemplación del increíble espectáculo—. Pero, ¿cómo pueden vivir estos bichos al aire libre, perdón, en el vacío?

— ¡Hum...!—masculló Bliss—. No sé qué clase de animales son, pero sí estoy seguro de una cosa. Hasta ahora, nuestros conocimientos nos enseñan que no hay organismo, sea de la clase que sea, que no pueda vivir sin oxígeno. Y éstos deben de ingerirlo a través de las substancias minerales del asteroide.

— ¿Qué...? — exclamó Aldea, comprendiendo a medias la horrible verdad. Christopher asintió.

—Así es, Félix. Estos litófagos o devoradores de piedra, se nos están comiendo la mina.

— ¡Cielos! —dijo Oberth—. ¿Cómo puede ser posible tal cosa?

—Y, sobre todo, ¿cómo han podido llegar aquí? — la interrogante procedía del español.

De nuevo el silencio volvió a descender sobre aquel lugar. Durante un buen rato los mineros continuaron contemplando el lento, pero inexorable avance de los litófagos espaciales, viendo horrorizados cómo la piedra era destruida, hecha desaparecer por sus invisibles, pero no por ello menos poderosísimas, mandíbulas.

—Si es que en realidad son mandíbulas — murmuró Christopher, interpretando el sentir general —. Estos bichos deben tener un metabolismo muy particular.

—A mí lo que me sigue preocupando es el modo de llegar hasta aquí — insistió Aldea —. Cuando vinimos a este asteroide hace cinco o seis meses, no encontramos el menor rastro de ser viviente alguno. Y ahora, de repente, nos encontramos con todos estos millones de comedores de piedra.

—Se me ocurre una cosa — dijo Oberth—. ¿Por qué no recorremos toda la extensión invadida?

En aquel momento una trepidación dejó sentir sus efectos en el cuerpo celeste en el que se hallaban los mineros. Se tambalearon éstos unos breves segundos, pero recobraron el equilibrio al instante, mirándose con expresión harto sorprendida. En sus cerebros bulló al momento la misma interrogante y una idea idéntica también se les ocurrió al mismo tiempo.

¡Habían notado, con toda claridad, que el origen de la trepidación del asteroide se hallaba en el polo Norte, exactamente en el punto opuesto a aquel en que se encontraban ellos!

— ¡Corramos!—sugirió Christopher, y no hizo falta más para que pusieran en uso las alas que acababan de salirles en los pies, que devoraron la distancia que les separaba del campamento en escasísimos minutos.

Sin embargo, al llegar allí, no vieron nada de momento. Hurgaron, husmearon y revolvieron todos los alrededores del campamento.

—Juraría que ahora fue una explosión lo que conmovió este

pedazo de piedra — murmuró Bliss.

Pero Aldea tuvo una idea, ciertamente luminosa. Encendió un reflector con el que se proporcionaban un suplemento de luz cuando apretaba el trabajo y poco a poco fue recorriendo con el blanquísimo cono, que iluminaba espectralmente todo cuanto tocaba, los alrededores del lugar, hasta que de repente, Hermann soltó una exclamación.

— ¡Allí, allí!—gritó—. ¡Mirad!

Corrieron todos hacia el punto iluminado, deteniéndose apenas habían llegado. Inmediatamente apreciaron los bordes retorcidos y chamuscados de una masa metálica que Christopher identificó en seguida.

— ¡Un cohete dirigido automáticamente! — dijo estupefacto.

— ¿Quién nos habrá mandado el regalito?

—No estamos en Navidad para enviar paquetes — masculló Aldea, pero no habían concluido las sorpresas de aquel día, tan pródigo en ellas.

Christopher se arrodilló en el suelo y señaló algo.

—Mirad, chicos. Decidme si estáis viendo lo que yo, o de lo contrario, el oculista va a ser mi próximo objetivo.

Dos interjecciones mal reprimidas sonaron al momento. Media docena de aquellos animalillos pululaban por los huecos de una pequeña roca, ronroneando sin parar. Bliss tomó un pedazo de piedra y los aplastó a golpes, dándose cuenta de que salía de los cuerpos destrozados una especie de líquido obscuro, como jalea, que se solidificó instantáneamente en el vacío.

—Si os dais cuenta, estos litófagos tienen una coloración especial. Por eso es marrón el tono de su epidermis. Para absorber en todo lo posible la potencia calorífica del sol —dijo Christopher, con muy buen sentido.

—Desde luego, pero a mí me parece que absorben con mayor rapidez la tierra—exclamó Aldea.

—Y eso no nos conviene en manera alguna — dijo el alemán—. De modo que...

—...habremos de buscar la forma mejor para eliminarlos—


concluyó la inacabada frase el jefe de la sociedad.

— ¿Cómo?

— ¿De qué manera?

—Sopletes — dijo Bliss, lacónicamente, y no hizo falta más para que cada uno de los tres se proveyera del correspondiente utensilio y marcharan hacia el polo Sur, dispuestos a eliminar aquella amenaza que parecía iba a liquidar el trozo de roca que flotaba en el espacio.

Pero, cuando llegaron allá, se quedaron atónitos, estupefactos, incapaces de emitir una sola palabra que no fuera de asombro. ¡La masa de litófagos había aumentado, durante el breve tiempo que faltaran de allí, en un tercio al menos del primitivo volumen que anteriormente contemplaran los tres camaradas!

—No sé a quién debo agradecerle esta faena — masculló Félix Aldea—, pero, si me está oyendo por casualidad, ya puede irse despidiendo de sus orejas.

— ¿Te sientes torero? —le preguntó Hermann, aplicando la llama de su soplete a las avanzadillas de los litófagos.

Bliss y el español le imitaron, para, a las tres horas de ininterrumpido trabajo, arrojar los artefactos a un lado. Christopher, poseído de un tremendo mal humor, pegó una patada al suyo y el soplete saltó al espacio, alejándose lentamente.

—No conseguiremos nada, muchachos. Si todo esto lo han hecho en dos semanas, contando con que se multiplican con una rapidez vertiginosa, favorecidas sus condiciones de vidas por la abundancia de alimento, es de suponer que antes de un mes no quede del asteroide ni el menor recuerdo — dijo, sentándose en el suelo.

Apretó un botón del traje, y un cigarrillo encendido, prendido en los extremos de unas finas pinzas, apareció dentro de la escafandra. Aspiró con delectación el humo. Sus compañeros le imitaron.

—Esto es obra de alguien que quiere intimidarnos y arrancarnos de esta concesión tan rica en metales estratégicos — murmuró Aldea, sosteniendo el pitillo en las comisuras de los labios,

—Sí. La cosa no ofrece la menor duda. Pero, ¿quién? Esa es la cuestión. Lo dijo Hamlet y lo digo yo. — Bliss aspiró nuevamente el humo del pitillo, callando hasta que Oberth inquirió:

— ¡Bien! Y, ¿qué piensas hacer, jefe?

—Trabajar. Trabajar duramente arrancando todo el mineral que podamos. Lo cargaremos en las bodegas de la astronave y nos largaremos de aquí antes de que esos bichitos acaben con nosotros. Iremos a venderlo en el mercado de Ceres y continuaremos la explotación de los asteroides que nos quedan.

—*Si no* me equivoco, en los documentos de la concesión figuraba como peso total de cincuenta mil toneladas el de nuestra mina espacial — observó Aldea.

—Así es; de modo que, aun perdiendo ésta, todavía nos queda para, en un plazo relativamente breve, salir de aquí con el suficiente capital para no tener que trabajar en diez años al menos. Y durante todo este tiempo ya procuraré yo buscarme una profesión menos aperreada—dijo Bliss.

Movió un botón y unas pinzas cogieron el cigarrillo a punto de consumirse, colocándolo en un diminuto receptáculo, del que luego fue arrojado al exterior, todo automáticamente.

— ¡Ach! — gruñó Oberth —. ¿Qué esperamos, pues? Andando, muchachos. Las perforadoras nos aguardan.

Pero, cuando tres días más tarde se disponían a llenar la bodega número tres con la riquísima ganga de osmio, cuyo porcentaje bruto había calculado Christopher en un cincuenta por ciento de promedio, se quedaron, más que estupefactos, horrorizados, y un frió sudor les corrió al momento por sus respectivas espinas dorsales.

¡Aquellos insectos fitófagos, constituyendo una burbujeante masa, habían invadido ya la parte inferior de la astronave! Las aletas estaban carcomidas y los tubos impulsores hechos una lástima.

Tuvieron que detenerse a cuarenta metros de distancia, contemplando desde allí el inevitable desastre. No podían arriesgarse a cruzar aquel trozo de terreno, so pena de ser devorados ellos mismos por los insaciables bichitos, los cuales, en algunos lugares, habían formado ya cráteres de dos y tres metros de profundidad.

— ¡Bonita situación la nuestra! — refunfuñó Christopher—. ¿Queréis decirme cómo nos las arreglaremos ahora para salir de este atolladero?

Pero ninguno de sus compañeros supo darle la respuesta adecuada. Sencillamente no podían ni hablar.

CAPÍTULO II

—Ama, aquí fuera hay un tipo que quiere verla.

Scarlett O'Hara levantó la vista de los papelotes que estaba examinando pensativamente y contempló con interés el rudo aspecto de su capataz. La palabra seguía usándose a través de los siglos, pero en realidad Phil Corbett era un competentísimo ingeniero de minas. Y así como a él todo el mundo le llamaba capataz, a su vez, en sus relaciones con la dueña de la mina espacial, usaba el tratamiento antes citado.

— ¿Quién es, Phil?

El agradable tono de la voz de Scarlett sorprendía. Un observador imparcial hubiera dicho que hacía juego con sus ojos pardos, de mesurado mirar, su corto cabello castaño, la tranquila expresión de su hermosa faz y el resto del cuerpo, armónico conjunto de curvas espléndidamente modeladas.

Corbett se encogió de hombros:

—No lo sé — repuso—. Se ha negado a dar su nombre. Pero, a lo que parece, trae bastante urgencia.

—Está bien — Scarlett se levantó y salió de detrás de la mesa. La uniformidad del traje de una sola pieza no conseguía ocultar totalmente la esbeltez de su anatomía—. Dígale que entre. Quédese. Corbett. Quizá sea interesante escucharle.

El ingeniero se echó a un lado y dejó pasar a un hombre de regular estatura, paso ágil y decidido, en cuya cara ponía un horizontal trazo de negrura la fina raya que era el bigote. "Demasiado viva la mirada", se dijo la joven. Le recordó la de un zorro, pero no

dijo nada. Aguardó a que el recién llegado se explayara.

—Usted no me conocerá, señorita O'Hara — empezó a decir el visitante—. Me llamo Derr Halligan.

—Mucho gusto, señor Halligan.

Éste se volvió un poco, indicando a Corbett, apoyado contra la puerta.

—Me gustaría hablar a solas — dijo.

—No tengo ningún secreto con el señor Corbett, mi ingeniero en jefe. Es persona de mi absoluta confianza — exclamó la dueña de la mina—. A no ser que se trate de un asunto estrictamente comercial.

Halligan se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—. Primeramente le diré que me envía el señor Forks...

— ¡Ah!—interrumpióle Scarlett, sonriendo leve y enigmáticamente—. De modo que le envía el señor Booth Forks, ¿no es eso?

—Ciertamente... — comenzó a decir Halligan, evidentemente sorprendido; pero Scarlett no le dejó continuar. Como si no existiera, volvió sobre sus pasos y se inclinó sobre el intercomunicador.

—Que vengan Chisholm y Dubert — dijo—. Dígales que se traigan lo necesario para poner en práctica el plan Forks.

Cerró la joven el contacto y se volvió hacia su visitante, alargándole una caja repleta de cigarrillos. Los tres ocupantes de la estancia encendieron el suyo en medio de un absoluto silencio, únicamente destacaba la enfatuada sonrisa de Halligan.

No tardaron cinco minutos en hacerse presentes los dos personajes requeridos. Uno de ellos portaba en sus manos un rollo de fino cable de acero. El otro, dos trozos de banda de color gris acero, de unos diez centímetros de anchura por un metro aproximadamente de longitud, cada uno.

— ¿Qué dem...? — gruñó Halligan, pero de repente alguien le aplastó el cigarrillo contra la boca con un fuerte manotazo. El dolor de la quemadura le hizo prorrumpir en un alarido, perdiendo en un segundo su fanfarrona sonrisa de superioridad y lanzando un juramento, quiso lanzarse sobre el ingeniero, de quien había

procedido el golpe.

No lo consiguió, por la sencilla razón de que Chisholm y Dubert lo sujetaron fuertemente, a pesar de sus desesperados esfuerzos, mezclados con abundantes palabrotas que amenazaban a sus contrarios con toda suerte de males. Pero, al fin, sus dos manos estuvieron unidas con un par de vueltas del cable de acero, que continuó su viaje hasta unir el final de las extremidades de Halligan, habiendo pasado antes por la propia mesa de despacho de Scarlett, sobre la que quedó doblado en ángulo recto.

Corbett se acercó a él con un cuchillo y por un segundo el prisionero temió por su vida.

— ¡No pases tanto miedo, hombre! —le recriminó el ingeniero, rasgándole la tela del traje y dejándole la espalda al descubierto. Scarlett se le aproximó a él con una de aquellas tiras de tejido gris.

— ¿Sabes lo que es esto? — le preguntó. Se había colocado delante de Halligan, de modo que viera bien el objeto—. ¿No? Te lo diré — continuó la mujer tranquilamente—. Se trata sencillamente de dos correas viejas de sujeción a la litera antiaceleración de una astronave. Son, nada más ni nada menos, que la primera parte del plan Forks.

Scarlett devolvió la correa a Chisholm. Luego continuó:

—Están viejas y no sirven para el objeto a que fueron destinadas. Pero sí para enviar mi respuesta a Booth Forks de un modo más contundente que lo he hecho hasta ahora — aspiró el humo del cigarrillo y lo arrojó luego a los ojos de Halligan, que se revolvía impotente para soltarse las ligaduras. Prosiguió con un tono cada vez más duro—: Dile al canalla, ladrón, asesino y chantajista de tu amo, que Scarlett O'Hara no ha vendido ni venderá su concesión minera del espacio. Dile también que lucharé por conservar mi propiedad. Hasta la muerte, ¿sabes?, de uno de los dos. Mía... o suya; aunque lo más probable es que suceda esto último. Y, finalmente, dile que el próximo mensajero se lo devolveré en el cubo de la basura. Lo que quede de él, naturalmente. ¡Chisholm, Dubert! ¡Andad con él!

Sonrieron complacidos los dos hombres:

—Nada podía causarme más placer, señorita O’Hara — declaró el primero.

— ¡Upppp...! ¡Lo que me voy a divertir...! —aulló el segundo, descargando un fuerte latigazo en el desnudo torso de Halligan, que

ladró desesperadamente. Scarlett conectó el comunicador dotado de objetivo televisor.

—Así verán tus compañeros lo que te está ocurriendo— dijo, sonriendo con placidez.

Entre alarido y alarido, contorsionándose como el rabo cortado de una lagartija, todavía le quedaron fuerzas a Halligan para fanfarronear:

—Si mis compañeros ven lo que me está pasando, os soltarán una granada que... ¡Ay!

—Tus compañeros están prudentemente quietos, porque a estas horas tengo unos cuantos de mis fieles haciéndoles ver a la fuerza el divertido espectáculo que les estás proporcionando—repuso Scarlett.

Chisholm y Dubert continuaron golpeando la espalda de Halligan. A cada latigazo éste se estremecía, en tanto que sus ojos se llenaban de lágrimas, no tanto producidas por el dolor como por la ira y la rabia que se habían apodéralo de él, al verse metido de manera tan incauta en la trampa que tan hábilmente le preparara la propietaria de la Mina Asteroidal número 18, nombre oficial con que estaba registrada la concesión. Pero no podía hacer otra cosa que soportar, con poquísimo estoicismo y mucho ruido, la fenomenal paliza que estaba recibiendo y que concluyó cuando Scarlett juzgó que el mensajero de Forks tenía ya más que suficiente.

— ¡Basta!—dijo, y Chisholm y Dubert suspendieron su tarea.

—Media docenita más, por favor, jefe — pidió el segundo —. Ahora que estaba entrando en reacción.

—Pero si solamente le hemos hecho unas sencillas cosquillitas — arguyó Chisholm.

—No — los cortos cabellos de Scarlett se movieron graciosamente al agitar el rostro de izquierda a derecha—. Solamente he hecho esto para que ese granuja de Forks sepa con quién se está jugando el pellejo. Creo que con el mensaje de respuesta que le llevará su acólito tendrá más que suficiente.

—La respuesta... la tendréis vosotros... en cuanto... en cuanto me encuentre en condi... condiciones de dárosla — jadeó penosamente Halligan.

—Bueno, hombre, bueno. Pues ya sabes dónde encontrarnos — dijo Dubert—. No somos de aquellos a los que les gusta esconderse.

Pero cuando la joven se hubo quedada sola por haberse llevado a Halligan sus dos hombres, no pudo evitar un momento de intenso desfallecimiento. Se sentó sobre una silla y dejó que las lágrimas resbalaran silenciosamente por sus mejillas.

Corbett se le acercó y la pasó una mano por encima de los hombros, que se movían ligeramente a impulsos del llanto.

— ¡Vamos, vamos, Scarlett! —la recriminó blandamente—. No hay que dejarse abatir por contrariedad más o menos. Esta mina rinde...

Ella alzó hacia su capataz sus grandes ojos pardos...

—Debiera rendir — dijo—, Extraemos grandes cantidades de tungsteno y vanadio, pero, ¿cuántas llegan al mercado de Ceres, Phil?

Se ensombreció el rostro del ingeniero:

—Sí. Tienes razón, Scarlett. Nuestras naves son asaltadas y su mercancía sustraída, cuando no muertos sus ocupantes. No hay ley en este rincón del espacio. Los aparatos de vigilancia solamente recorren las rutas de lujo: las de los planetas. Pero nunca se les ocurre echar un vistazo a los asteroides. "Que se las compongan como puedan", dicen. Al Gobierno no le preocupa más que el suministro del mineral, tráigaselo quién se lo traiga. ¿Qué es mercancía robada? ¿Qué les importa a ellos, con tal de obtenerla? No sé quiénes son más granujas: si los pistoleros a sueldo de Forks o los señores que están allá abajo, bien repantigados en sus sillones, fumándose puros de un año luz de largura y cobrando, por bajo mano, buenas comisiones de ese tipo que se los ha metido a todos en el bolsillo. Tendremos que recurrir a los viejos tiempos: una cuerda y un álamo»

Scarlett sonrió en medio de sus lágrimas al escuchar la pintoresca observación de Corbett:

—Cualquiera diría que estuviste en el Salvaje Oeste, cuando lo que dices ocurrió hace más de cuatrocientos años. Y, ¿quieres decirme dónde encontrarías un álamo, aquí en medio de estas rocas, suponiendo que echases el guante a ese escurridizo Forks?

—Tú tráemelo y lo demás corre de mi cuenta —exclamó Corbett —. Y, ahora, si me lo permites, continuaré trabajando. Mandaré a alguien que te desinfecte el despacho. Ha quedado hecho un asco.

No tardó en hacerse esperar la contestación de Booth Forks al desafío de Scarlett. Le llegó en forma de proyectil dirigido que se

estrelló contra el suelo del asteroide en el que la mujer había instalado sus oficinas y edificaciones centrales de la mina, repartida en quince o veinte pedruscos siderales algo más pequeños que éste, pero pesando todos en conjunto unas doscientas mil toneladas. El cohete llegó muy frenado, gracias a sus mecanismos automáticos, y cuando Scarlett abrió el paquetito que venía en su interior, perfectamente envuelto para evitar su rotura, no pudo evitar el soltar una exclamación de asombro y horror al mismo tiempo.

Las palabras de Corbett no fueron tan comedidas, pero igualmente se quedó espantado al ver lo que había en el interior del envío. Especialmente cuando leyeron la notita que lo acompañaba.

* * *

Goofy McClayden atravesó la esclusa de aire y apenas estuvo en el interior del "Moon Bar" se apresuró a despojarse del traje de vacío. Pero no pudo dar dos pasos seguidos, porque apenas lo había hecho, sonó un seco ruido, procedente del detector radiactivo.

— ¡Eh, Goofy! —le interpeló Al Sedill, guardia de corps del establecimiento —. Veamos la chatarra que llevas encima.

—Vamos, vamos, Al — gimoteó el interrogado, hombrecillo de poquísima estatura, con ojos saltones y manos temblorosas—. ¿Crees que soy capaz de llevar un cacharro desintegrante encima?

—Yo no creo nada, sino lo que estoy oyendo — le replicó Al con dureza—. Y el "Geiger" me dice que tú llevas algo encima. Algo que en el "Moon Bar" está prohibido. ¡Dámelo!

Al Sedill alargó su mano derecha imperativamente, pero Goofy retrocedió un paso, temerosamente.

— ¡Te juro, Al, que no llevo encima otra cosa que este viejo pistolón! —suplicó el hombrecillo, tomándolo con cuidado por la culata para que su movimiento no pudiera ser mal interpretado.

Pero el guardaespaldas del bar no le hizo el menor caso. Bruscamente alargó sus manos hacia él y le hizo dar media vuelta. No se podía comparar ninguno de los dos en corpulencia y fortaleza, y así para Sedill fue cosa fácil sujetar a McClayden con una mano por el cuello, en tanto que con la otra le recorría diestramente todo el traje, hasta encontrar una protuberancia en uno de sus bolsillos. Metió la

mano en éste y sacó un pedrusco oscuro, con vetas un tanto brillantes que enseñó acusadoramente al viejo.

— ¿Qué es esto, Goofy?

El interpelado soltó una maldición. Alargó a su vez la mano y arrebató el pedrusco de la de Al, antes de que el hombre, sorprendido, pudiera evitarlo. Después masculló:

— ¡Estúpido! ¡El mejor yacimiento de uranio que he encontrado en mi vida! ¡Déjame pasar!

Apartó solemne y despreciativamente, a Sedill, que se había quedado chasqueado al no encontrar el arma denunciada por el detector, y avanzó hacia el mostrador, en el que una docena de hombres bebían con tranquilidad sus mejunjes. De haberlo deseado, hubiera llegado en un salto, pero estaba acostumbrado a vivir casi desde qué nació en astros con escasísima gravedad para que su paso no fuera tan normal como si se hallara en la Tierra. Golpeó con fuerza el mostrador, llamando la atención del barman.

— ¡Vamos, Trink, dame de beber!

El camarero lo miró con muy poca simpatía por encima de los vasos que tenía en las manos.

—No me irás a decir que tienes dinero, ¿verdad, Goofy?

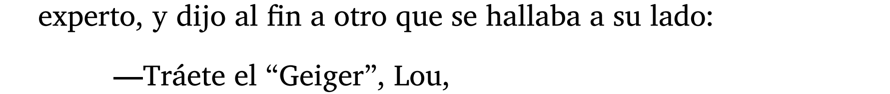
—Tengo algo mejor que dinero, Trink. ¡Mira! — y arrojó el pedrusco sobre la barra. El sirviente lo tomó y lo miró durante un par de segundos con aire especulativo.

— ¿Qué hay aquí dentro, Goofy?—inquirió al cabo.

— ¡Whisky, Trink, whisky! En grandes cantidades. Ríos de licor, tan grandes como las cataratas del Niágara. ¡Y aprisa, que me estoy muriendo de sed! He estado viajando por el espacio durante dos años, tratando de encontrar el yacimiento y a los tres meses se me acabó el licor.

— ¡No!—se admiró Trink—. ¡No me digas que has sido capaz de vivir durante veintiún meses sin probar otra cosa que el agua! Tendrías que ponerte de rodillas para que te creyéramos.

La observación del barman levantó un aluvión de risas entre los concurrentes que atraídos por la conversación, se habían ido aproximando poco a poco. Uno de ellos tomó el pedrusco, lo examinó atentamente durante unos momentos, entornando los ojos con aire de


experto, y dijo al fin a otro que se hallaba a su lado:

—Tráete el “Geiger”, Lou,

El contador empezó a destellar con rapidez, dejando estupefactos a los bebedores.

— ¡Cielos!—exclamó uno—. Si esto es lo que promete, te harás millonario.

—En vez de ataúd podrás utilizar una barrica de whisky cuando te mueras — rio otro, acompañado por los demás.

—El sueño de toda su vida — comentó un tercero.

—Sí. Pero mientras tanto, no hay quien me pague una triste copa siquiera — se indignó el hombrecillo, pasándose la lengua por los resecos labios y mirando con ansia no disimulada la hilera de botellas que había en la estantería.

—Aguarda un momento—dijo Trink, tomando la piedra. Salió del mostrador y se dirigió a un reservado inmediato, en el que se hallaba un hombre sentado ante una botella y un vaso, fumando pensativamente y bebiendo un sorbito de licor de vez en cuando. Trink dijo:

—Patrón, échele un vistazo a la piedra. ¿Qué le parece?

El hombre que se hallaba solo en el reservado era, de alta estatura, no disimulada por el hecho de estar sentado. Fuerte, se le adivinaban unos músculos de acero bajo la ropa y su gordura física no daba en ningún momento la impresión de ser debido a un exceso de células adiposas. Tomó la piedra para, treinta segundos después, mirar, en silencio, inquisitivamente, al barman:

— ¿Quién ha traído esto, Trink?

—Goofy McClayden, jefe. Dice que ha encontrado un yacimiento valiosísimo de uranio.

— ¿Uranio? — el hombre se echó a reír—. Ya habrá robado la muestra en algún museo terrestre. Ese Goofy no es capaz de hallar uranio ni en un almacén de bombas atómicas.

—Pero dice...— Trink no pudo seguir, porque le interrumpió su interlocutor.

— ¿Ha venido Halligan?

—No, jefe. Todavía no le he visto llegar.

—Está bien. En cuanto asome la nariz dile que se pase por aquí.

—O. K. Y... ¿qué hacemos con McClayden, patrón?

Sonrió éste levemente:

—Bueno. Dale una botella de whisky — y la frase hizo sonreír de un modo cómplice al camarero.

—Hilo a la cometa, ¿no?

—Tú lo has dicho, Trink, pero me gustaría que recordases un refrán de moscas que revolotean y bocas cerradas que impiden su paso.

—Entendido, jefe. La tumba de Jefferson y yo, igualitos.

A Goofy se le encandilaron los ojos cuando el barman, sin decir palabra, le alargó una botella y un vaso. El primero fue vaciado sin respirar, cerrando los ojos para mejor disfrutar del alcohol, pero cuando los abrió vio un hombre que entraba, con paso cansino, encorvado el cuerpo, como si padeciera dolores que le impidieran andar normalmente.

— ¡Ey, Derr! ¿Qué te ha pasado? ¿Se te ha caído encima tu astronave? Ven a echar un trago. Soy rico. Puedo permitirme el lujo de invitarte.

Pero Halligan, furioso, escociéndole aún los golpes recibidos, no le hizo el menor caso. Se limitó a soltar un malhumorado bufido, dándose cuenta de que Trink, con significativo gesto, le indicaba la puerta del reservado en el cual le aguardaban, y caminó hacia allí.

Sin embargo, Goofy no estaba dispuesto a soltar tan fácilmente su presa. Tanto tiempo de abstención alcohólica le había sido fatal y el primer vaso se le había subido ya a la cabeza, por lo que, con terquedad propia de beodo, tomó la botella y se aproximó al recién llegado.

— ¡Ea, Halligan, desarruga ese ceño! Si te ha salido mal un negocio, no por ello debes desanimarte. No hay mejor remedio para esta clase de males que un buen trago.

— ¡Déjame en paz, Goofy! —Halligan extendió la mano para apartarle a un lado, pero McClayden seguía en sus trece.

— ¡No! No te dejaré pasar sin que bebas conmigo, Derr. Somos viejos amigos y... ¡Toma, por los nueve planetas del sistema!

Las manos del viejo minero temblaban demasiado, por lo que, al intentar aproximar el gollete de la botella a la boca de Halligan, no pudo impedir que la mitad del licor se vertiera encima de la ropa de éste que, furioso, irritadísimo, arrojó a Goofy al suelo de un fuerte puñetazo.

McClayden se quedó sentado como si viera visiones.

— ¡Halligan! —dijo y luego su rostro se endureció—. Nadie me ha despreciado jamás un trago sin que yo le metiera mano y...

Su mano voló hacia la funda de la que pendía el anticuado revólver de pólvora, única arma que se permitía llevar en Cereida, la capital del asteroide, pero nublados sus músculos por el alcohol, fue demasiado torpe. Los dedos se le enredaron en la culata, lo que permitió a Halligan aproximarse de un salto hasta Goofy.

— ¡Los revólveres se sacan de esta manera! — gruñó, arrebatándolo de la mano de McClayden. Luego lo abatió sobre el cráneo del minero—. ¡Y se utilizan así para quitarse pelmazos de en medio!

Goofy se quedó dormido en el suelo con toda tranquilidad, en tanto que Halligan, sin concederle siquiera una indiferente mirada, empujaba la puerta del reservado donde Booth Forks le estaba aguardando hacía un buen rato.

CAPÍTULO III

Dos meses más tarde, Bliss, Aldea y Oberth se hallaban ya resignados a su triste suerte. Los litófagos se habían multiplicado de tal manera que apenas si les quedaban unos cien metros cuadrados de espacio libre en el que moverse.

—Esto se acaba, chicos — dijo lúgubremente el español—. Veinticuatro horas más y podemos entonar el “Addio alia vita”.

—Sí, pero sin Caruso — refunfuñó Oberth—. Y, ¿el radiofaro?

—No hay quien conteste — murmuró Bliss, echado de pechos en el suelo de la caverna que era su alojamiento. Estaba contemplando por la pantalla los progresos de los insectos, puesto que habían tenido la humorada de instalar un objetivo cerca de las vanguardias, y en el rectángulo de vidrio deslustrado se podía percibir con toda claridad el incesante movimiento de aquella masa de billones de animalillos, devorando sin parar la roca que era aquel asteroide.

—Hay una cosa que no me entra en la cabeza. — sugirió Félix.

— ¿Y es...? — el alemán encendió un cigarrillo, arrojando luego el paquete vacío—: Solamente nos queda otro. Lo justo. Acabaremos el tabaco y los litófagos acabarán con nosotros.

—Me gustaría saber — prosiguió Aldea—, qué diantres comerán estos bichos cuando ya no haya más piedra. Y no me digáis que son capaces de emprender una emigración en masa a través del espacio. Ya es bastante fuerte el que haya seres capaces de vivir en el vacío. Lo otro sería demasiado.

—Probablemente empezarán a devorarse unos a otros, hasta que solamente queden dos. Uno Se éstos, el más fuerte, se comerá al más débil, y luego morirá por falta de oxígeno. Y si no, recordad la prueba que hicimos en la botella. Si hubiera sido de plástico se la hubieran comido, pero como era de vidrio resistió lo suficiente para que aquella pareja que capturamos tuviera que entablar una lucha a muerte, hasta que uno de les dos logró matar y tragarse a su contrario. — La respuesta, sensata, procedía de Bliss.

—De todas formas, lo que hagan o les pueda pasar después de que hayan celebrado un banquete con mis huesos, me Importa muy poco, Chris.

— ¡Ya! Lo mismo digo — declaró con fúnebre acento el alemán, pero en aquel momento ocurrió algo totalmente inesperado.

De repente, los tres mineros se encontraron volteando en el interior de la caverna. El techo pasó a ser suelo y viceversa y durante unos minutos reinó allí una tremenda confusión. Oyéronse aterradores chasquidos y ruidos enormes, que no hacían presentir nada bueno, pero aquella especie de terremoto duró apenas treinta segundos. Luego todo se calmó y los mineros del espacio se dedicaron a poner todo en orden, haciendo diversos comentarios entre sí.

— ¡Caramba!—exclamó el español—. ¿Terremotos en este pedazo de roca? ¡Vaya manera de dar volteretas!

—Esto no me gusta un pelo — gruñó Hermana.

—Ni a mí, chicos — repuso Christopher —. Y, por si os interesa, os diré que no ha habido tal terremoto, son los prolegómenos de nuestro fin.

— ¿De nuestro fin? — inquirieron a dúo sus compañeros, palideciendo. No hablan perdida durante las ocho semanas anteriores ni el humor ni la esperanza, pero las palabras de Bliss les hicieron ver la trágica realidad del inminente desastre.

—Sí. Los litófagos han devorado tanta masa del asteroide, que éste ha acabado por perder la estabilidad, debido a un traslado de su centro de gravedad.

— ¡Mirad! —gritó de repente Aldea, señalando un punto en la pantalla.

— ¿Qué puede ser eso? — pregunto Oberth.

—Yo os lo diré— Christopher tenía una respuesta para todo —.

Es la otra mitad de nuestro mundo, partida por las mandíbulas o lo que sea de nuestros indeseables huéspedes. Todavía está cerca de nosotros, pero, inexorablemente, ese fragmento se irá separando de éste en que nos hallamos, convirtiéndose a su vez en un nuevo astro, que no tardará mucho en ser devorado.

—Por lo que dices — observó Oberth con harto pesimismo—, no solamente han hecho avances en la superficie del asteroide, sino en su interior.

— ¿En su interior? — Aldea se estremeció visiblemente—. ¡No me lo digas! Esta noche no podría dormir, pensando en que en cualquier momento, una turba de litófagos puede asomar por el suelo de la cueva.

—Yo creo que no — murmuró sonriendo Bliss.

— ¿Por qué? — el español parecía molesto.

—Por la sencilla razón de que ya están aquí. ¡Mira!

Aldea y Oberth miraron fascinados, estupefactos, horrorizados, el sitio que Christopher señalaba con el pie. Un diminuto orificio, como de cinco milímetros, aparecía allí y algo intentaba asomar por aquel agujerito. El fitófago, con rapidez increíble, ensanchó ligeramente la brecha y, haciendo un esfuerzo, salió a la superficie, donde empezó a devorar la roca. Dos o tres bichos más surgieron tras él, imitándole, pero la bota del español cayó sobre ellos.

— ¡Ah, no! —gritó, enfurecido—. ¡Eso sí que no os lo toleraré! Comeros mi propiedad en mis propias narices. Seria demasiada insolencia. Por lo menos debierais tener la delicadeza de hacerlo cuando nos hayamos muerto. Pero ahora... —y continuó pateando furiosamente el suelo, tratando de cerrar con el tacón aquella brecha, pero Christopher le detuvo.

—Es inútil. Cuando han abierto ese orificio, es señal de que miles de ellos están a menos de cinco centímetros del suelo, en infinidad de pequeñas galerías. Estoy seguro de que el suelo está tan socavado, que si disfrutáramos de gravedad normal ya lo hubiéramos hundido con nuestro peso.

¡Pues sí que tienen una manera de consolar a la gente...! —masculló el alemán, yéndose a un rincón de la caverna, y tomando una botella que estaba repleta de un líquido transparente.

— ¿Qué piensas hacer, Hermann? — le preguntó Christopher.

—Me sentaré aquí y cada vez que un comepiedras de estos asome la nariz, se la tostaré. Recordad que hicimos la prueba y el fuego los hace retroceder. ¡Ah! ¡Aquí asoma otro!

A menos de cinco centímetros del anterior, un fitófago surgió a la superficie. Oberth echó unas gotas de alcohol en el agujerito, y luego encendió una cerilla que aplicó a aquel lugar. Una llama azulada surgió al mismo tiempo que un olor insoportable se expandía por la caverna.

— ¡Uf! —gruñó Aldea—. No sé qué es peor. Soportar esa peste o dejarse comer vivo.

Pero en aquel momento una voz resonó dentro de la estancia rocosa, a través del transmisor de radio, y no procedía de ninguno de los tres.

— ¡Atención, atención! ¡Atención asteroide 2.817!

Olvidando los fitófagos, los tres amigos se abalanzaron sobre el micrófono, pero, por tácito y no expresado acuerdo, dejaron que fuera Bliss el que hablara con aquel distante astronauta.

— ¡Aquí asteroide 2.817! Habla Christopher Bliss. Estamos en un gravísimo peligro. Rogamos vengan a socorrernos cuanto antes.

— ¿Qué les ocurre?

—Unos animales completamente desconocidos nos están devorando la roca. Apenas si nos quedan ya unas horas de vida. Por favor, socórrannos pronto.

Una serie de intraducibles exclamaciones sonaron al otro lado de las ondas.

— ¿Animales? ¿Comiéndose la roca? ¿Está usted loco o se le ha ido la mano en el licor, amigo?

—Piense lo que quiera, pero lo cierto es que si no viene cuanto antes, mañana a estas horas ya no podremos hablar con usted, sea quien sea.

—Me llamo Nolan, Don Nolan, y soy el patrón de la astronave “Lucy Phelps”. Está bien. Puede que sea verdad lo que dicen Ustedes, pero procuren que no se trate de ninguna broma. No lo pasarían muy bien. Corto.

— ¡Un momento! —pidió Christopher.

— ¿Qué hay?

—No aterrice aquí, por lo que más quiera Permanezca a veinte metros al menos de la superficie del asteroide. Estos bichos devoran también las naves espaciales. Se nos comieron la nuestra antes de que tuviéramos tiempo de darnos cuenta.

— ¡Cáscaras! —refunfuñó Nolan—: ¿Cómo se las van arreglar pues para llegar hasta mi aparato?

—Usted acérquese todo lo que pueda. Le haremos señales luminosas y daremos un salto en el vacío. Iremos provistos de escafandras. Pero dese prisa. De lo contrario no nos quedará sitio donde colocar nuestros pies.

—O. K. Voy para allí inmediatamente. Tardaré apenas un par de horas.

Se cortó la transmisión y Bliss, Aldea y Oberth se miraron unos momentos en silencio, transfigurados de alegría. Habían estado a punto de morir y les llegaba la salvación en el momento más crítico. Luego reaccionaron y comenzaron a saltar, lanzando feroces aullidos. El español sacó una guitarra de un rincón y empezó a rasguear una cuerda, ante lo cual Oberth comenzó a danzar un remedo de baile andaluz, pero de repente Félix observó que el instrumento hacía un ruido no muy acorde con su construcción. Paró de tocar, lo observó detenidamente, y al fin, dándole la vuelta, apreció que tenía un par de boquetes en el reverso.

Lo sacudió disgustado, notando que se agitaba algo en su interior, algo que resultó ser media docena de litófagos.

—Yo creo que también son "guitarrófagos" — murmuró con disgusto Aldea, ente las carcajadas de sus dos compañeros. Tomó el instrumento y lo estrelló contra la pared, con melancólico sonido de cuerdas y maderas rotas y astilladas—. Tendré que comprarme otra.

— ¿Con qué dinero, Félix? — inquirió agudamente Bliss—. Vamos, vistámonos. No quiero perder tiempo cuando el tal Nolan se deje caer por aquí.

* * *

"Querida señorita O'Hara: Usted me envió con Derr Halligan la

respuesta que creyó adecuada a las proposiciones que éste, como enviado mío, le hizo para la compra de su concesión minera del espacio. Lógicamente, usted debía aguardar mi contestación, y me he permitido remitírsela dentro de este cohete dirigido.

"Como observará, estos animalitos devoran todo lo que tienen a su alcance, a excepción de vidrio común, que se les resiste bastante aunque, si se les da tiempo, también acaban con él. No hay nada que sea capaz de oponerse a su paso y, por si era poco, le diré que viven perfectamente en el vacío. El oxígeno que les es necesario para su existencia lo extraen, por algún procedimiento que no me he preocupado de averiguar, de los minerales que devoran... aunque tengo pruebas de que tampoco desdeñan la carne, humana o animal.

"Espero que comprenda mis intenciones y no me obligue a enviarle unos cuantos cohetes repletos de bichos de esta clase, que darían al traste, en pocos meses, con todos los asteroides de su concesión. Es un método más eficaz y limpio que una granada nuclear y, sobre todo, bastante menos escandaloso. Aguardo ansiosamente su afirmativa respuesta y recuerde que no volveré a hacerle ninguna otra proposición más."

El ingeniero y Scarlett miraron fascinados, espantados, aquellos animalitos que burbujeaban en el fondo de la botella, en cuyas paredes ya se advertían señales de su voracidad. Luego, los ojos de los dos se encontraron y ambos advirtieron la palidez que les había invadido ante la noticia.

— ¡Sería horrible una invasión de esta clase...! — murmuró Scarlett.

—Había oído hablar alguna vez de tal género de litófagos, capaces de vivir en el vacío sideral, pero hasta que no he leído la carta de ese granuja no lo he creído. ¡Comerse el vidrio! ¡Inconcebible!

—Pero lamentablemente cierto — declaró con firmeza la muchacha, en parte recobrada—. Ese tal Forks habla de liquidarnos y no dudo en que llevará a efecto su amenaza. Debemos prevenirnos contra ella.

— ¿Cómo?

—Hay que instalar un servicio de detectores de proyectiles dirigidos en todo y cada uno de los asteroides de nuestra mina. Ello nos permitirá advertir su llegada con tiempo y así acudir rápidamente al lugar del desastre para cortar la invasión.

—Habrá que hacerlo muy aprisa, Scarlett. Estos bichos se deben multiplicar a una velocidad de vértigo en condiciones favorables — sugirió Corbett —. Y la instalación de detectores te llevará, aparte del tiempo, dinero.

—No olvido el detalle, Phil —dijo la propietaria de la mina, yéndose hacia la mesa y tocando un botón. Se iluminó la pantalla y el rostro de un hombre de mediana edad apareció en ella—. Tolliver, por favor, tráigame el último estado de cuentas.

—Al momento, señorita O'Hara — contestó afablemente el contable, pero la impresión que la revisión de su capital produjo en el ánimo de la muchacha no pudo ser más desfavorable.

—No tienes ni para un equipo de radar automático siquiera — dijo Corbett.

—Ya lo veo — murmuró ella, desalentada, pero en aquel momento, el aullido de una sirena resonó con toda claridad en el despacho. Scarlett y su ingeniero se miraron, mas antes de que tuvieran tiempo de hacer el menor comentario, sonó el zumbador del intercomunicador. El propio Corbett fue, quien, ansiosamente, lo puso en funciones y un enérgico rostro en la pantalla se .dejó ver.

— ¿Dónde está la señorita O'Hara? — preguntó el que hablaba.

— ¡Aquí, Gauss! ¿Qué ha ocurrido?

La cara del hombre no expresaba alegría precisamente cuando repuso:

—Ha estallado el generador de energía radiada a las perforadoras.

— ¿Que ha...? — Corbett lanzó un juramento, olvidándose de las maneras que debía observar en presencia de una dama—: ¿Cómo ha podido ocurrir tal cosa?

—No me lo pregunte, señor Corbett. Algún imbécil que habrá aumentado el volumen, pero ese imbécil no podrá contárnoslo. Todos los que se hallaban alrededor del generador han muerto, y todavía quedan unos cuantos heridos, bastante fastidiados. Afortunadamente la esclusa ha resistido, de lo contrario la catástrofe hubiera sido mucho mayor. Aparte de sus lesiones los que no han muerto, están bastante radiactivados.

—Está bien, Gauss. Ahora mismo vamos para allá.

Se equiparon rápidamente con trajes de vacío. El generador estaba bastante alejado del edificio destinado a oficinas y alojamientos, pero no tardaron mucho en llegar hasta allí. Scarlett y su capataz pasaron a través de la masa de mineros que aguardaban ansiosos la suerte de sus compañeros accidentados y penetraron, por la cámara de presión, en el interior de la casamata en la que se había instalado el generador que enviaba su energía, por medio de ondas de radio, a las perforadoras individuales de mineral. Y el espectáculo que había allí era como para marear al más templado, cuanto más a la muchacha que hubo de volver el rostro, para no presenciar el espantoso espectáculo que ofrecían los cuerpos desgarrados y sangrientos de los operarios muertos en la explosión.

En un rincón de la sala, un médico se afanaba en curar a los heridos, algunos de los cuales, los más graves, lanzaban desgarradores aullidos. Dos o tres voluntarios ayudaban al doctor, pero se veía con claridad que la ayuda era más teórica que práctica.

En cuanto al resto del local, el aspecto no podía ser más desolador. Enormes trozos de metal habían saltado como simples astillas de madera y por todas partes aparecían muestras de la catástrofe. Corbett meneó pesarosamente la cabeza ante la visión que se ofrecía a sus ojos.

— ¡Hum! — refunfuñó—: Solamente nos faltaba esto para acabar de arreglar las cosas.

Los ojos de Scarlett llameaban al decir:

—En cuanto me eche al granuja de Forks a la cara, le voy a decir cuatro cosas que le van a zumbar en los oídos. ¡Canalla! Admito que se meta conmigo, si tal es su intención, pero nunca le creí capaz de sacrificar media docena de vidas por conseguir sus ambiciosas intenciones.

Scarlett se acercó a un hombre que se hallaba respirando agitadamente, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

— ¿Cómo ha ocurrido la cosa, Danny?—inquirió.

El minero abrió los ojos, sonriendo débilmente. Llevaba un brazo vendado débilmente.

—No lo sé, señorita O'Hara. Únicamente recuerdo que alguien empezó a gritar. Después el generador comenzó a abrirse, dejando ver a través de la enorme grieta que se había producido, un enorme resplandor azul, inmediatamente aparté la vista de allí. Luego... Bien,

supongo que debí perder el conocimiento. ¿Cree usted que me quedaré ciego, señorita? — preguntó el minero.

Scarlett trató de consolarlo. Ahora la había reconocido, pero la radiación era lenta en sus efectos. Con toda seguridad, antes de un mes, aquel hombre estaría condenado a llevar de por vida un lazarillo.

—No se preocupe — le animó—. El haberme reconocido es buena señal, Danny.

Se fue hacia el doctor que luchaba denodadamente por salvar la vida de sus asistidos. Éste alzó su cabeza y la meneó con harto pesimismo.

—Poco podemos hacer aquí. No estamos preparados para un accidente de tal naturaleza, Scarlett. Tendríamos que enviar a los heridos al Hospital de Cereida.

La joven iba a responderle, pero en aquel momento Corbett llegó con algo metálico, ennegrecido, retorcido, en las manos.

—Mira, Scarlett.

— ¿Qué es, Phil?

—La válvula de seguridad. Está cegada.

— ¿Cegada? — repitió ella como un eco.

—Sí. Cegada. ¿Qué otra cosa podía ocurrir sino la explosión del generador?

Los ojos de la muchacha despidieron llamas.

—No puede ser más que obra de Forks. Le denunciaré y... — pero Corbett la interrumpió.

— ¿Qué pruebas alegarás, Scarlett? ¿Cómo vas a demostrar que uno de sus hombres fue el que provocó la catástrofe? Corbett rio con sarcasmo, prosiguiendo—: No, Scarlett, no. Sólo hay dos soluciones a tomar. Una de ellas es lanzar la esponja...

— ¡Jamás!—le interrumpió ella ardiente, firmemente.

—Entonces — y la voz del ingeniero se endureció, al igual que su rostro—, no te queda más que un camino. Lucha con él... si puedes.

— ¡Podré, Phil! —repuso ella decididamente—. Y Voy a dar el primer paso. Haz que preparen la astronave de carga.

— ¿Para qué? — inquirió Corbett sorprendido.

Scarlett señaló con el pulgar a sus espaldas:

—El médico dice que solamente en Cereida puede prestárseles asistencia adecuada a los heridos. Nuestra posición astronómica no puede ser más favorable con respecto a Ceres, de modo que me voy para allí.

— ¿Qué piensas hacer? — Corbett la miró de soslayo —. No me vas a decir que solamente te marchas por transportar a los heridos.

El acento de la muchacha no podía ser más firme al replicar:

—Aparte de lo que acabas de decir, me interesa sostener una conversación con el canalla de Forks. Después tengo que ver a Brando Stracker.

— ¿Brando Stracker? ¿El dueño del “First Spacial & Minning Bank”? ¡Pero… si es un Shillock! ¡Si no te prestará un cochino centavo…!

—El que me lo preste o no es cosa mía, Phil. Anda y haz lo que te digo. ¡Ah! Y dile a Gauss que se prepare. Me acompañará con Chisholm y Dubert. Tú te quedarás aquí al cargo de todo hasta mi regreso. — Y como Corbett vacilara, le apremió—: ¡Vamos, hombre! ¿A qué esperas? Los heridos necesitan asistencia urgente y no podemos perder un minuto.

CAPÍTULO IV

—Un millón de gracias. Ha sido usted muy amable con nosotros — dijo Christopher, estrechando la mano de Don Nolan, el capitán de la astronave que les había llevado hasta la capital de Ceres.

—Para mí ha sido un placer sacarles del atolladero en que se encontraban. ¡Cáscaras! Vaya unos animalillos. Como se extienda esa plaga por las concesiones mineras, antes de dos años nos convertimos todos en unos mendigos.

—Nosotros ya lo somos — repuso Aldea, pensando melancólicamente en el montón de dinero enterrado en los estómagos de los devoradores de piedra. Nolan sonrió conmiserativamente.

Echó mano al bolsillo, al mismo tiempo que decía:

—Tome, Bliss — pero éste dio un paso atrás.

—Gracias, Nolan. No puedo aceptarlo. Ha hecho usted demasiado por nosotros.

— ¡Tonterías!—replicó abruptamente el astronauta—. Sé lo que es encontrarse en una situación como la suya, y también sé lo que tuve que luchar hasta hacerme propietario del cacharro que les trajo hasta aquí. — Y esto diciendo tomó la mano de Christopher y le metió a la fuerza dos billetes—. Ya me los devolverán cuando mejore su situación.

— ¿Usted cree? — murmuró Oberth.

—Son jóvenes, fuertes y decididos. ¿Qué más pueden pedir? —

gruñó Nolan—. ¡Y largo ya de aquí, que me están haciendo perder demasiado tiempo!

—Estrecháronse nuevamente las manos y dos minutos después aquel trío de arruinados mineros del espacio, con doscientos dólares como todo capital, se encaminaban hacia Cereida, ingente aglomeración de edificaciones terminadas en cúpulas transparentes sostenidas por la presión atmosférica del interior.

Llegaron a la puerta Oeste, donde un guardia les sometió al examen del Geiger. En Cereida no estaban prohibidas las armas de pólvora, pero sí con toda rigurosidad las nucleares, que eran recogidas sin apelación y devueltas únicamente cuando su propietario se marchaba del planetoide. Satisfecho el cancerbero de la respuesta negativa del detector, exigió:

—Un dólar por cabeza, amigos — y cuando Christopher le alargó el billete de cien, refunfuñó descontento—: ¿No tienen otro más pequeño?

—Ni más grande — repuso Bliss serenamente.

—Procuren buscarse colocación pronto o el alcalde les hará expulsar. En Cereida no queremos vagos.

—Mientras paguemos nuestros gastos, nadie puede decirnos nada, hermano — dijo el español.

— ¡Está bien, está bien! Aquí tiene la vuelta. Oigan, ¿no les convendría dejar aquí su traje espacial? Se lo guardaría por todo el tiempo que quisieran. Un dólar por cada uno...

—Gracias. —Bliss ya estaba andando. —. Somos muy mayorcitos para cuidar de nuestras cosas.

—No se lo digas en voz alta. Si sabe lo que nos ha pasado... — murmuró disgustado el alemán, al recordar la catástrofe de que habían sido víctimas.

—Creo que lo que más nos conviene por ahora es buscar un hospedaje — dijo Christopher—. Modestito, teniendo en cuenta que todo nuestro capital se reduce a ciento noventa y siete dólares.

—Pues ya tiene que ser barato, porque aquí los precios están por las nubes.

Así hablando de cosas indiferentes, sin prestar atención apenas al abigarrado conjunto humano que pululaba por la ciudad, se

tropezaron con una mujer seguida por tres hombres. Los rostros de los cuatro, bellísimo el de ella, no parecían muy alegres, pero al español, aquello le importó muy poco. Emitió un profundo silbido, a cuyo conjunto los acompañantes de Scarlett se detuvieron en seco.

— ¿Le importaría silbar hacia otro lado, "amigo"? —Gauss mordió las palabras.

—No, desde luego — repuso Aldea con toda placidez—, si en ese otro lado hay una chica tan guapa como la que acaba de pasar.

— ¿Gallito, eh? Me parece que le voy a quitar los espolones y...

Pero Bliss, que adivinaba la pelea se interpuso entre ellos:

— ¡Basta, Félix! ¡Vámonos ya!

—No sabía que el silbador tuviera abuelita — dijo mordazmente el antagonista de Aldea. Bliss contrajo los puños, pero no contestó. No quería broncas. No estaba de humor. En cualquier otra ocasión ya hubiera derribado a aquel hombretón, detrás del cual había otros dos tan robustos como él, pero no se sentía con ánimos de nada. Tomó por el brazo a su compañero, tirando de él, pero el otro, por lo visto, tenía ganas de armarla.

— ¡Poco a poco, amiguitos! Deje que su nieto y yo arreglemos la cuestión. No hay quien insulte a mi ama y...

Scarlett, que apenas se había apercibido del incidente y continuó su camino, se había detenido en un escaparate contemplando los últimos alaridos de la moda parisina, remitidos por fotostato y copiados allí, sé extrañó de hallarse sola, por lo que dio media vuelta, interrumpiendo a Gauss:

— ¡Déjalos! Lo que tenemos que hacer es más importante que...

Se interrumpió, clavando los ojos en Christopher, quien la miró con la sonrisa en los labios y, sin saber por qué, se sintió turbada, sentimiento que instantáneamente fue substituido por el de la cólera hacia sí misma. Siempre se había creído invulnerable hacia los hombres y, de repente, al ver a aquel minero, pues no otro era su aspecto, advirtió una repentina taquicardia en su víscera emocional. Apretó los labios.

— ¡Gauss, vámonos!

—Pero, ama, este hombre silbó cuando usted pasó. Únicamente quería hacerle tragar el pito.

—Veo un poco difícil la cosa — sonrió plácidamente el español —. Por otra parte no es pecado silbar cuando se ve un monumento cruzándose al paso de uno. O, ¿es que acaso cree que lo hice por usted, mono del espacio?

Gauss lanzó un rugido al verse insultado de tal forma. Crispó los puños y se lanzó sobre Aldea, dispuesto a machacarlo, pero se detuvo en seco.

— ¡Vamos, “amigo”! ¿No quería bronca? — ironizó el español, empuñando en su mano una acerada navaja, que había surgido como por ensalmo, pero en el instante en que el ambiente se cargaba y los dos adláteres de Gauss se llevaban las manos a las pistolas de pólvora, apareció un hombre con una estrella de plata, sobre el mono que era el usual traje de Cereida.

— ¿Qué ocurre aquí? ¿Peleas? ¿Es que no saben que no tolero conflictos en Cereida? Sin separar sus ojos del cuchillo, Gauss exclamó:

—Ese tipo insultó a la señorita O’Hara, comisario., y no estoy dispuesto a tolerárselo.

Scarlett se adelantó:

—No haga caso, comisario. Yo soy la perjudicada y no me interesa que el asunto siga adelante.

—De acuerdo, señorita O’Hara. Sé de sobra quién es usted y confío en su palabra. Váyase tranquila que yo procuraré que estos tipos no la molesten.

—¡Vámonos!—dijo secamente la muchacha, y Gauss y los otros dos obedecieron mansamente, no sin que el primero enseñara los dientes al español quien agitó la navaja significativamente, sonriendo y enseñando su brillante dentadura. El comisario se enfrentó con Christopher, Oberth y Aldea, poniéndose las manos en las caderas.

—Veamos quiénes, son ustedes. Quiero saber por qué se hallan en Cereida y qué es lo que buscan aquí.

Bliss se lo explicó en pocas palabras y el policía escuchó atentamente, con los ojos semicerrados.

—Está bien—dijo cuando el otro concluyó—. Pueden permanecer aquí, en tanto conserven un dólar. Pero en cuanto se les acabe el dinero, lárguense de Cereida y no paren hasta llegar a la Tierra. No quiero vagos e indeseables en la ciudad.

— ¿Sí, eh? — murmuró suavemente el español —. Entonces, ¿por qué vive usted aquí?

Cuando el irritado comisario se dio cuenta de la ironía, ya el trío se había alejado. Estuvo a punto de alcanzarlos y arrestarlos, pero lo pensó mejor. Continuó su camino, meneando pesarosamente la cabeza,

—Idos a dar una vuelta — ordenó Scarlett en la puerta del Banco —: Yo voy a ver a Brando Stracker. Me reuniré con vosotros en el hotel.

—De acuerdo, jefe — saludó Gauss, cruzando la calle, en dirección al “Moon Bar”, que se encontraba enfrente.

Entretanto, Bliss y sus dos amigos habían, elegido una habitación en el hotel y los tres se habían estremecido de pavor al pensar en el porvenir que les aguardaba. Pero Christopher fue el primero en reaccionar:

—Aquí parados no hacemos nada. Debemos salir a ver si encontramos trabajo. Mineros como nosotros hacen siempre falta en las concesiones siderales y no será difícil hallar un propietario de mina que quiera contratarnos,

Oberth y Aldea pensaron en que la proposición de su amigo era más que sensata y asintieron. Se encaminaron de nuevo a la calle y tomaron la dirección de la Bolsa de Contratos y Empleos, con el fin de inscribirse allí.

Tras de pagar cinco dólares por cabeza por derechos de inscripción, Bliss hizo un nuevo recuento del fondo común.

—Nos quedan ahora ciento ochenta y dos dólares. Teniendo en cuenta que ya el hotel nos cuesta seis diarios por cada uno, dieciocho en total, no es difícil calcular que dentro de diez días nos veamos expulsados ignominiosamente del hotel, con sólo un par de dólares por todo capital,

—Esto suponiendo que no tomemos nada, pero como yo tengo cierto lugar de mi anatomía extremadamente seco, voto porque nos tomemos una copa en el primer lugar de perdición que hallemos al paso. Lo mismo ha de dar un día más que un día menos— dijo el español, y los otros dos aceptaron in continenti la oferta, sin darse cuenta de que se aproximaban al *First Spacial & Minning Bank,* en el momento en que Scarlett salía del local, con el rostro enrojecido por el sentimiento de ira que le había producido el saber que todas sus

gestiones sobre un préstamo habían sido perfectamente inútiles.

—Lo siento mucho, señorita O'Hara. Estamos en muy mala época y en las arcas apenas si hay otra cosa que papel. ¡Y qué montañas, Santo Dios! —había dicho Stracker, elevando sus brazos al cielo, como poniéndolo por testigo de sus aseveraciones.

El banquero había continuado:

—Hemos hecho demasiados préstamos, señorita. Si ahora les diera a los cuentacorrentistas por sacar su dinero, nos veríamos en un gran aprieto. Probablemente tendríamos que declararnos en suspensión de pagos.

Todos los esfuerzos de Scarlett se habían estrellado ante la roqueña firmeza de Stracker, y la muchacha, al fin, desalentada, hubo de ceder. Salió a la calle, conteniendo difícilmente las lágrimas de ira y rabia que pugnaban por salir de sus hermosos ojos, en el preciso instante en que Forks y Halligan pasaban por allí.

Su aspecto de abatimiento desapareció al instante. Centellearon sus ojos y se dirigió hacia sus enemigos, sin morderse la lengua;

— ¡Forks, es usted un canalla y un asesino! Por culpa suya han muerto una docena de mis hombres **y**...

— ¡Señorita O'Hara! —Booth Forks enrojeció violentamente, al mismo tiempo que sus ojos chispeaban de cólera —. No sabe lo que se dice. ¿Tengo yo culpa de que su generador de energía se encontrara en mal estado?

— ¿Y quién le ha dicho que ha reventado mi generador? —replicó vivamente ella.

—Yo... pues...—Forks se dio cuenta de que se había metido en un mal paso y trató de salir de él con dignidad —. Todo el mundo lo sabe a estas horas en Cereida.

— ¿Acaso ha estado usted en el hospital para interrogar a los heridos, que son los únicos que pueden declarar lo que pasó?

— ¡Basta ya!—le interrumpió colérico Forks—. Es del dominio público y...

—No hay dominio público que valga. Aparte de nosotros, solamente usted lo sabe, Forks, y todo ello porque ha logrado infiltrar a un traidor en mi equipo. Pero ¡recuérdelo bien! Como logre dar con el granuja ese se lo remitiré dentro de un saco, bien cortado a trocitos.

Y en cuanto a usted, sépalo bien y de una vez, para que no se moleste en enviarme más emisarios. No venderé mi mina por nada del mundo. ¡Ándese con ojo, Forks, porque si continúa molestándome, yo pasaré al contraataque! Recuerde que la hembra de la especie es peor que el macho. ¡Y yo soy mujer! ¿Se entera?

—No sabe lo que está diciendo, señorita O'Hara. Usted está loca y voy a hacer que la expulsen de Cereida.

— ¿Y sus fitófagos? ¿También son fruto de mi demencia, Forks? Tengo la nota que me envió con ellos y constituye una prueba definitiva...

—Desde luego, si logra demostrar que fui yo quien la escribió. ¿Acaso iba firmada? ¡Déjeme pasar! Tengo prisa — exclamó Forks, quien se había dado cuenta de que a su alrededor se reunía más gente de la que pudiera convenirle. Avanzó un paso, alargando su mano para apartar a Scarlett, pero ella permaneció inmóvil.

— ¡Cerdo! —silabeó la muchacha, con tono repleto de odio, y Forks, perdiendo el control de sí mismo, olvidándose del lugar en que se hallaba, alzó su mano con intención de golpearla.

Pero de repente se encontró con una presa irresistible que le impedía hacer movimiento alguno. Miró al propietario de aquella mano que le atenazaba la muñeca y contempló un par de ojos que le sonreían con alegre desfachatez.

—Eso no está bien — dijo Christopher—. La dama podrá o no podrá tener razón, pero ello no es motivo para abofetearla. Hay que ser un caballero en todo momento. ¿O acaso no lo es usted?

— ¿Quién es usted que se mete donde no le llaman?— gritó, excitadísimo, Forks, pero sin poder desasirse de aquella mano, a pesar de sus forcejeos. Sin embargo, lo consiguió, cuando menos lo esperaba, porque Halligan, que se hallaba a su lado, obró rápidamente, sin que Bliss tuviera tiempo de apercibirse de lo que le iba a ocurrir y cuando se dio cuenta se halló en el suelo, frotándose la dolorida mandíbula.

—Eso les suele pasar a los que se meten en donde no les llaman — dijo Halligan, para lanzar inmediatamente un aullido de dolor, cuando Christopher Bliss alzó inesperadamente su pie derecho, golpeando con dureza el rostro de su antagonista.

Derr Halligan retrocedió trastabillando, en tanto que del círculo de espectadores brotaban algunos gritos placenteros, indicadores de

que comenzaban a divertirse con la pelea tan excelente que se les ofrecía. Christopher se levantó de un salto, pero Oberth se le había anticipado.

A pesar de su corpulencia, el alemán no ofreció ninguna resistencia al leñazo que le atizó Forks, poniendo detrás de su puño todo el peso de sus cien kilos largos. Cerró los ojos beatíficamente y se dejó caer hacia atrás, arrastrando consigo a la muchacha, que no pudo apartarse a tiempo.

Halligan intentó echar mano a su pistola, pero un violento golpe en la muñeca se la hizo saltar de entre los dedos. Y luego un puñetazo entre las cejas lo tiró hacia atrás, en medio de un intenso zumbido de tímpanos. El español sonrió satisfecho. Aunque llevaba la navaja en el bolsillo, tampoco desperdiciaba ninguna ocasión de utilizar sus puños cuando la encontraba,

Christopher se arrojó sobre Forks, furioso por haber sido derribado. Éste lo recibió con un uno-dos que le hizo retroceder, en medio de agónicas boqueadas, sin que el minero, no obstante, perdiera el conocimiento. Retrocedió hasta toparse con el muro de espectadores, quienes le devolvieron al centro, pero en esta ocasión logró esquivar aquellos dos martinetes hidráulicos que eran los puños de Forks, y conectó su derecha en el tórax del hombrón, que lanzó un aullido de rabia y dolor al mismo tiempo.

Pero su grito fue cortado por otro impacto en pleno rostro. La sangre brotó de sus machacadas narices en roja cascada y un velo del mismo color se puso ante los ojos de Forks, quien, perdiendo el dominio de sí mismo, se abalanzó hacia adelante, agitando los brazos como aspas de molino.

Dos golpes suyos alcanzaron a Bliss, quien se dobló sobre sí mismo, aguantando como pudo el sucesivo aluvión de puñetazos que cayó sobre él. Pero, de repente y un poco al albur, alargó su mano derecha con toda la violencia que pudo, y notó satisfecho que encontraba algo duro, en tanto que Forks lanzaba un grito de dolor y sorpresa al mismo tiempo, ya que había pensado que su contrincante estaba a punto de ser derribado.

Inhalando profundamente el aire, Christopher aprovechó la ocasión. Un golpe suyo, dirigido con la potencia de una coz, alcanzó a Booth Forks en el vientre, haciéndole doblarse, muy a su pesar. Sin perder siquiera una décima de segundo, el otro puño alcanzó el mentón de su antagonista, quien empezó a ver las cosas a través de una espesa niebla.

A pesar de todo, Forks poseía una resistencia increíble. Aquellos dos golpes que hubieran derribado fulminantemente a cualquier otro hombre que no fuera él, no consiguieron otra cosa que atontarlo momentáneamente, pero dejándole la conciencia necesaria para que reuniera todas sus fuerzas y se lanzara hacia adelante, con incontenible ímpetu, dispuesto a liquidar a su enemigo de un cabezazo, que, apoyado por la enorme masa de su cuerpo, concluyese en un segundo la pelea. Mas Christopher no se dejó engañar por aquella argucia.

Saltó ágilmente a un lado, no pudiendo evitar, sin embargo, que el hombro de Forks le diera en un costado, haciéndole perder el equilibrio y arrojándole al suelo. Pero, mientras ocurría tal cosa, su puño derecho usado a modo de maza había descendido sobre la nuca del otro, y Forks se cayó hacia adelante, como buey apuntillado por el matarife.

Sentado como estaba en el suelo, Christopher apreció que la muchacha se había incorporado ya y contemplaba, con ojos desorbitados por el horror, la descomunal pelea. Bliss la guiñó alegremente un ojo, dándose cuenta de que cinco minutos más tarde no podría hacerlo, pues se le cerraba por momentos, y en aquel instante el alarido de espanto de la muchacha rasgó penetrantemente la atmósfera.

Aldea y Halligan habían continuado pegándose firmemente, pero en el momento justo en que Christopher se deshacía de su rival, el español acababa de derribar al otro con un medido derechazo que, no obstante, no consiguió hacerle perder el conocimiento.

Halligan cayó hacia atrás y al extender las manos, instintivamente para apoyarse, tocó el revólver que antes le fuera arrebatado. Empuñarlo y dirigirlo contra el pecho de Aldea fue cuestión de un segundo,

Pero el español fue rápido, increíblemente veloz. Algo plateado brilló en su mano derecha y la navaja trazó un relámpago apenas entrevisto cuando cruzó el aire para ir a enterrarse en la garganta de Halligan, en tanto que el disparo de éste brotaba, en medio de una llama y una sonora detonación, de la boca de su arma.

Aldea, tocado en un hombro y empujado por el impacto, dio media vuelta sobre sí mismo y fue a caer luego al suelo, arrodillado. Por lo tanto no pudo Ver las convulsiones epilépticas que daba el caído Halligan tratando en vano de arrancarse aquel acero de su cuello que a su vez le estaba arrancando la Vida. Se movió un poco

más y súbitamente todos sus músculos se relajaron, quedándose quieto, horriblemente quieto, en tanto que una palidez terrosa se esparcía sobre todo su rostro y sus dedos soltaban el ya inútil arma. La sangre, que le salía a borbotones de la espantosa herida, se extendió por el suelo en enorme mancha.

Christopher se levantó de un salto y se arrojó sobre su amigo, tratando de socorrerle.

— ¿Estás herido?

Aldea sonrió a pesar del intenso dolor que sentía.

—No es nada. Apenas un pinchazo. Pero yo... — cerró los ojos y perdió el conocimiento, cuando el comisario, irrumpiendo violentamente, trataba de inquirir lo ocurrido examinando con visible curiosidad los resultados de la pelea.

Scarlett trató de contarle lo ocurrido, pero el jefe de policía negó:

—Lo siento. Debo llevármelos detenidos. Si tuvieron o no razón, eso es cosa que solamente puede decidir el juez.

CAPÍTULO V

Terence Brian y Johnny Peters se hallaban arrancando mineral con sus perforadoras en el asteroide número 86 de la concesión de Scarlett. Inutilizado el generador de energía radiada, se había tenido que recurrir a los viejos métodos y así se había desenterrado los viejos motores de combustible líquido que, encerrados en una pequeña cúpula estanca, producían la electricidad necesaria para aquellas dos perforadoras. Claro es que el método era mucho más lento y costoso, pues la nave de reparto se pasaba las veinticuatro horas del día de pedrusco en pedrusco reponiendo la hidrazina líquida, que era el combustible usado, pero si la explotación debía continuar adelante, no había otro remedio que hacerlo de aquella manera, según había dispuesto Corbett, en ausencia de la propietaria.

Afanados en su tarea, ninguno de los dos se dio cuenta de que un puntito luminoso se les aproximaba velozmente hasta que lo tuvieron casi encima.

Brian sintió de repente un extraño presentimiento y alzó la cabeza. Advirtió aquella chispa de luz que en modo alguno podía confundirse con una de las lejanas estrellas y exclamó, sorprendido:

— ¿Qué diablos...? — pero en aquel momento el cohete dirigido impactó contra la roca del espacio, rompiéndose en mil pedazos a pesar de la escasa velocidad con que había chocado contra el asteroide, puesto que en su mayor parte estaba construido de Vidrio común.

— ¡Caramba! —exclamó Peters—. Fíjate en estos bichitos. ¿Cómo podrán moverse en el espacio?

Se acercó incautamente a la masa de litófagos que burbujeaba, expandiéndose fuera del lugar de su choque y no se le ocurrió otra cosa que poner encima el pie para aplastar algunos de ellos.

De momento no ocurrió nada. Peters, en medio de grandes risotadas, continuó machacando animales, bailando una danza de nueva creación, aprobadas sus gesticulaciones por los gritos y risas de su compañero Brian.

Pero de repente soltó un grito de pavor. Acababa de advertir con toda claridad una mordedura en uno de sus tobillos. Un grupo de litófagos se le había adherido a aquella región de su traje espacial y, encontrando demasiada resistencia en sus fuertes botas, había ido buscando otro lugar más asequible a sus mandíbulas y habían logrado perforar el traje de vacío del minero.

El aire se escapó instantáneamente por la abertura causada por los insectos. Peters trató, en vano, de contener el irremediable desastre, poniendo la mano encima del orificio, pero hubo de lanzar un segundo aullido, cuando los bichos, además de agujerearle los guantes, mordieron ávidamente su carne. Se agitó epilépticamente, pero todo fue inútil. Ni siquiera el concurso de su compañero fue suficiente para evitar aquel horrible fin y dos minutos más tarde Johnny Peters no era más qué un cuerpo inerte, sobre cuyo cuerpo pululaban a millares los litófagos, devorándolo totalmente, sin respetar ni los huesos ni las partes metálicas de su escafandra, en tanto que su compañero, aterrorizado, enloquecido por el horror de lo que estaba presenciando, gritaba a pleno pulmón, llamando en su auxilio a la nave que llevaba los víveres y el combustible por los distintos pedruscos.

Pero Terence Brian se había olvidado de que el transmisor que tenía era solamente para cortas distancias y que la astronave no pasaría por allí hasta ocho días más tarde, con lo que, cuando los equipos de distribución llegaron a aquel lugar no encontraron nada más que un trocito de piedra, totalmente cubierta por millones de litófagos que, inconscientes de que, devorando el mineral se devoraban a sí mismos, continuaban incesantes su macabra labor.

* * *

—Pase, señorita O'Hara — dijo respetuosamente el guardián de la cárcel de Cereida, abriendo la enrejada puerta y echándose a un

lado, para que la muchacha pudiera pasar.

Scarlett avanzó por el pasillo, sembrado de celdas a un lado y a otro, sin hacer caso de los silbidos y exclamaciones admirativas de los reclusos. Buscó la celda que le indicaran y se detuvo ante ella, contemplando a los tres hombres encerrados, de los cuales uno, el español, se encontraba con un brazo en cabestrillo, fumando melancólicamente.

— ¡Caramba!—exclamó Aldea—. ¡Pero si está aquí la dama del silbido!

— ¡Cállate, Félix!—le recriminó Christopher, avanzando hasta la reja—. Buenos días, señorita...

—O'Hara. Scarlett O'Hara — repuso ella.

— ¡Vaya! ¿No será usted la protagonista de *Lo que el viento se llevó*?

— ¿Me está usted llamando momia, señor Bliss? — sonrió ella.

—En todo caso, una encantadora momia, señorita O'Hara.

—Dejemos eso a un lado —agitó ella, sus cortos cabellos, sonriendo de nuevo —. Aquello ocurrió hace más de cuatrocientos años... si es que realmente ocurrió. Lo que quiero de ustedes, señor Bliss...

— ¡Oiga! —le interrumpió él, sorprendiéndose—. ¿Cómo sabe usted mi nombre?

—No hace al caso ahora. Tengo que hacerles una proposición.

—Diga — respondió Christopher, cautamente, dándose cuenta de que sus compañeros se le acercaban, también intrigados.

—Por lo que he podido apreciar, ustedes están en contra de Forks, ¿no?

Bliss se encogió de hombros.

—Tanto como en contra... Lo único que pasó es que no me gustó su modo de tratarla. Nada más.

—Está bien. ¿Les interesaría entrar a mi servicio?

— ¿Como mineros?

—O para hacer lo que se les ordene.

— ¿Pistoleros, eh?

Scarlett dio un paso atrás.

—No es eso exactamente, pero...

—Mire, señorita O'Hara. Si de momento la ayudamos porque se encontraba en un apuro, no por ello crea que somos de esos tipos que alquilan sus armas. Somos simplemente mineros que buscan trabajo y nada más. Una cosa es el trabajo y otra cosa la bronca. No la rechazamos, si nos sale al paso, pero usted pretende que la busquemos. ¿O me equivoco, señorita?

Scarlett se mordió los labios. Aquel hombre, hacia el que se sentía inevitablemente atraída, le había adivinado los pensamientos. En realidad no pensaba matar a Forks, sino únicamente meterle el miedo en el cuerpo y había pensado en el trío, como desconocidos en Cereida, para tal función.

—Está bien, pero les advierto que soy la única persona en Cereida que puede pagarles la fianza hasta el juicio. Se admitirá que su amigo mató a Halligan en legítima defensa y será absuelto, al igual que ustedes, de su supuesto delito de complicidad. Pero, entre tanto llega ese día, ustedes tendrán que sufrir una serie de incomodidades aquí, presos.

El semblante de Christopher se iluminó con una nota de buen humor.

— ¡Hombre!—exclamó—. Pues no se vaya a creer que nos encontramos tan mal. En medio de todo nos ahorramos el costo del hotel.

— ¿Aceptan o no? — dijo impaciente Scarlett, golpeando el pavimento con su piececito.

—Si necesita tres mineros, los tres graduados en física, astronáutica y todas esas zarandajas, aquí nos tiene dispuesto a ello. Pero no para otra cosa que no sea la minería pura. ¡Allá usted y Forks con sus líos!

—Está bien — murmuró la muchacha —. Ustedes se lo pierden. Procuren conservarse bien hasta el momento de la expulsión. Aunque los declaren absueltos no por ello saldrán de la cárcel, hasta que parta la astronave que hace el viaje al planeta. No querrán correr ningún riesgo y...

— ¡Aguarde un momento! ¿Dice que nos enviarán a la Tierra?

—Es lógico. ¿Qué se piensa que hacen con los que conceptúan como vagos?

Christopher se volvió hacia sus compañeros, mirándoles como para tomar una determinación, pero en aquel momento una persona avanzó hacia aquel lugar por el pasillo.

Casi adivinó Bliss, por el gesto que hizo la muchacha, la identidad del que se acercaba y lo bueno fue que acertó. Todavía mostraba el rostro de Forks las señales de la batalla, pero su ademán, salvo el desdén que mostró por Scarlett, era completamente amistoso.

Hubo un intercambio de secos saludos en tanto que la joven, con burlón ademán, pero con un infierno de rabia hirviéndole dentro del pecho, se apoyaba de espaldas sobre la reja, cruzados los brazos, contemplando la escena irónicamente. Y Booth Forks no perdió el tiempo.

Tras un intercambio de secos saludos, fue al grano.

—Necesito tres hombres como ustedes — dijo.

— ¿Para...?

—Eso no es cuenta suya — repuso duramente Forks —. Yo pago y quien se encuentra a mis órdenes las obedece sin dilación, sin preguntar el porqué. Y pago bien, se lo advierto.

— ¿Habéis oído, chicos? — Christopher medio se volvió hacia sus dos amigos—. A lo que parece debemos ser unos genios, cuando somos tan bien buscados.

—Déjese de zumbas, Bliss. Están en un aprieto y ustedes lo saben de sobra. Además de la fianza para que salgan a la calle, les ofrezco cien dólares diarios, gastos y una buena prima por trabajos extraordinarios.

—Como, por ejemplo, enviar cohetes repletos de fitófagos a los asteroides que le interesan — dijo sarcásticamente Scarlett sin variar de actitud.

— ¡Eso no es cierto! — protestó vivamente Forks—. Admito que deseo su concesión, pues es muy rica, pero nunca hasta el punto de desear su muerte.

—Pero sí mi ruina — dijo ella agudamente.

—Es lógico que en el comercio o en la industria se desee, cuando menos, la eliminación del competidor. Pero no física, sino comercial, y siempre por medios legales.

— ¿Medios legales? — rio Scarlett —. ¿Llama usted medios legales a inutilizarme, causándome doce muertos y otros tantos heridos, mi generador de energía? ¿Llama usted medios legales a enviarme una muestra de esos insectos, amenazándome con hacer desaparecer todos mis pedruscos, si no accedo a sus pretensiones?

Forks apretó los dientes, enrojeciendo. Durante unos momentos se hinchó, pareciendo que iba a estallar. Al fin logró contenerse, aunque difícilmente, y se volvió hacia Bliss.

— ¡Vamos!—apremió—. No tengo tiempo que perder. Decídanse de una vez. Ciento veinticinco dólares diarios, además de lo que dije. Es mi última palabra.

Christopher movió lentamente la cabeza de derecha a izquierda.

— ¡No!—repuso con toda firmeza, y el corazón de Scarlett, sin saber la causa, saltó de alegría dentro de su pecho.

Oberth se le echó encima.

—Chris, por el amor de Dios, que no volveremos a encontrar otra oferta igual ni que la busquemos con lupa.

—Piénsatelo bien — terció el español.

Bliss los miró serenamente y dijo;

—Amigos, más que esto sois para mí unos hermanos. Hemos pasado y estamos pasando muchas calamidades, pero Forks es el último hombre para quien trabajaría en este mundo. Y si es cierto lo que dice la señorita O'Hara acerca de esos bichitos, juro que un día lo meteré en un barril lleno de ellos, para que se lo coman y no dejen rastro de su asquerosa humanidad. ¡Largo! ¡Largo de aquí, sabandija! — exclamó Christopher violentamente, concluyendo—: Hermann, Félix, en cuanto a vosotros, la decisión está en vuestras manos. Sois libres de contrataros con Forks si así lo deseáis.

Y, sin decir más, se retiró al fondo de la celda, en tanto que el visitante, rojo de cólera, se retiraba sin añadir palabra, sin reparar siquiera en la burlona Sonrisa de Scarlett, que dijo:

—Ha estado usted muy elocuente, señor Bliss. Y ahora que ese individuo se ha marchado, ¿acepta o no acepta mi proposición?

—Quitando las palabras desagradables, mi respuesta es la misma que di a Forks, señorita *Lo que el viento se llevó.* Resuelvan sus conflictos particulares sin inmiscuirnos a nosotros entre ellos. Esto por la parte que a mí se refiere. En cuanto a mis compañeros, ellos decidirán. No quiero serles un estorbo.

— ¡*Ach!* — gruñó el alemán —. Creo que no sabríamos andar sin ti, Chris.

— ¡Por la cueva de Montesinos! ¿Qué quieres que hagamos, *hermano*? Lo sentimos, señorita O'Hara. Deberá buscarse otros hombres.

—Está bien — repuso ella despechada—. Usted lo ha dicho. Buscaré otros *hombres* — y subrayó la palabra despectivamente, en el propio idioma de Aldea, quien soltó una sonora carcajada al ver alejarse a la muchacha, caminando grácilmente, pero sin poder ocultar la rabia de que estaba poseída.

Dos horas más tarde, el guardián les dio una sorpresa al abrir la puerta de su celda y decirles, sin pizca de amabilidad:

—Largaos de aquí. Estáis libres.

— ¿Qué…? — se admiró. Aldea. Los otros dieron un salto sobre sus literas.

— ¿Cómo puede ser eso?—inquirió Christopher.

El hombretón hizo un gesto indiferente.

— ¿A mí qué me contáis? Sólo sé que han pagado vuestra fianza y que el comisario ha dicho que en la calle estáis mejor que aquí. Conque…

— ¡No lo repitas dos veces! —dijo Aldea, cruzando el umbral y dirigiéndose hacia la puerta, en la que inspiró a pleno pulmón, exclamando:

— ¡Oh, Sol, Sol! Te encuentras a 450 millones de kilómetros de distancia, pero cuán agradable es verte después de un prolongado encierro.

Christopher le tomó de un brazo, reprendiéndole:

— ¡Déjate de tonterías! Vamos a la Bolsa de Contratos y Empleos.

Echaron a andar por la acera, pero apenas habían dado media docena de pasos, cuando una voz les detuvo en seco.

— ¡Eh, amigos! ¿Dónde se va tan de prisa?

Se volvieron en redondo, divisando un hombrecillo de mediana edad, con la barba algo descuidada, de inteligentes y diminutos ojillos que les sonreía.

— ¿Acaso no quieren dar siquiera las gracias al que les ha pagado la fianza para que pudieran salir de esa mazmorra?

— ¿Quién es usted? — preguntó cautelosamente Christopher.

—Mi nombre no les dirá nada, pero, por si les interesa, me llamo Goofy McClayden. En cambio a mi sí que me interesan ustedes.

— ¿También necesita pistoleros? — inquirió, con cinismo, Oberth.

— ¿Pistoleros? — primero los miró sorprendido y luego Goofy se echó a reír, golpeándose aparatosamente los muslos—. ¡Ésta sí que es buena! — rió hasta que se le saltaron las lágrimas—. ¡Pistoleros al servicio de Goofy McClayden, el hombre más infeliz de la Galaxia! Hombre, pero que muy…

— ¡Basta ya! —cortó secamente Bliss—. ¿Qué es lo que quiere de nosotros?

McClayden sacó especulativamente el trozo de mineral del bolsillo, alargándoselo a Christopher, junto con un diminuto Geiger de bolsillo, apenas mayor que un lápiz.

—Usted tiene pinta de minero. Dígame si aquí no hay para hacerse millonario en un par de años,

Bliss, ante la expectación de sus amigos, puso en funcionamiento el detector de radiactividad, observando la intensa vibración de su lamparita. Cortó el contacto y devolvió ambas cosas a Goofy, diciéndole:

— ¿Dónde está el yacimiento? Si es que lo hay, porque conozco todos los trucos posibles para engañar a los incautos. Uno de ellos es construir un detector falso que destelle cuando a uno le dé la gana, aun cuando no haya uranio en un millón de Kilómetros a la redonda. Una pila de frecuencias intermitentes para señales de socorro y una cinta magnetofónica suelen hacer milagros.

Goofy se llevó ambas manos al pecho, con aire ofendido.

— ¡Oh! Pero yo no les quiero engañar a ustedes. Sería tanto como hacerlo conmigo mismo. ¿No les estoy diciendo que los he contratado para mi equipo?

—Esto está más en su punto — dijo Bliss, súbitamente interesado. Si no había truco en el Geiger, y el yacimiento era medianamente extenso, la muestra prometía una riqueza fabulosa—. ¿Condiciones?

— ¿Se anima, eh? Bien, de acuerdo. No les pagaré un centavo más que los gastos imprescindibles, porque, en realidad, no podría. Pero de lo que obtengamos habrá un cincuenta por ciento para mí. El resto es suyo. De los tres... si aceptan, naturalmente.

Christopher se volvió y escrutó los rostros de sus dos compañeros. Apreció, los conocía demasiado bien, el interés que sentían por aquella nueva aventura en la que se iban a embarcar — no les quedaba otro remedio—, e, interpretando el sentir general, exclamó:

— ¡Aceptado! ¿Dónde se encuentra ese yacimiento, señor McClayden?

Goofy les guiñó un ojo picarescamente:

— ¡Oh! En cuanto a eso es secreto de Estado ¿comprenden? ¡Vamos! No podemos perder un minuto. Cada vez que pienso en lo que me cuesta el material que he alquilado me entran escalofríos Síganme. En el astropuerto me espera mi nave, con todo listo para zarpar.

—Tendremos que recoger nuestras escafandras —objetó Christopher.

—Lo haremos al pasar por delante del hotel — dijo McClayden, y ya no se habló más.

CAPÍTULO VI

—Aquí ya no tenemos que hacer nada, muchachos— dijo Scarlett, furiosa consigo misma, furiosa por el fracaso de sus gestiones y furiosa, en fin, por el desplante de que había sido objeto por parte de Bliss, hacia quien se sentía atraída más de lo que la convenía para el interés de su salud espiritual—. No somos médicos, de modo que no podemos ocuparnos de los heridos. Ahora lo que nos interesa es volver a la mina y continuar la explotación como podamos. Va a ser difícil— suspiró—, pero no tenemos otro remedio.

Echó a andar hacia la puerta del hotel. El *hall* estaba vacío y ni siquiera el encargado de la recepción se hallaba tras el mostrador. Pero cuando ya llegaba al umbral, Scarlett se dio cuenta de que algo extraño ocurría a sus espaldas.

Se volvió, presa de un lúgubre presentimiento y lo que vio la llenó de espanto. Gauss sonreía sardónicamente, con una expresión como jamás había visto en el rostro de su segundo, después de Corbett.

La sonrisa de Gauss hubiera sido lo de menos, si no la hubiera mirado por encima del larguísimo cañón de una negra pistola.

— ¿Qué hace usted, Gauss? ¿Qué es lo que pretende?— inquirió, sobreponiéndose al temor que durante unos segundos la había invadido.

El hombre continuó sonriendo:

—Nada. Nada, excepto decirle que ni usted, ni ninguno de esos dos individuos que tiene a su lado, volverán a la mina.

— ¿Qué es lo que pretende, solemnísimo traidor?

— ¿Traidor? — rió con descaro Gauss—. ¡Nada de traidor, hermosa! Solamente un hombre que sabe dónde le aprieta el zapato.

—Hasta ahora — Scarlett comenzó a hablar lentamente, poniendo un infinito acento de desprecio en sus palabras — había oído decir que las ratas abandonan el barco cuando se hunde; pero nunca supuse que, además, se llevaran los pasajeros.

—Eso es lo que está ocurriendo, sencillamente — dijo con toda placidez el sinvergüenza—. ¡Vamos, arriba, a su habitación y no se mueva de allí hasta que yo lo ordene!

En aquellos momentos, Scarlett lamentó más que nunca el que Bliss y sus amigos hubieran rechazado su proposición; pero no pudo meditar mucho sobre ello, porque en aquel mismo instante se sintió violentamente empujada y cayó, al mismo tiempo que Chisholm gritaba:

— ¡Al suelo, señorita O'Hara! —.y en el mismo momento, comenzó el tiroteo.

Scarlett se mantuvo quieta, contemplando horrorizada la espantosa escena que duró apenas unos segundos. Sus dos fieles mineros sacaron las pistolas de sus fundas, sin reparar en la desventaja con que se enfrentaban con aquél que hasta poco antes había sido su compañero y que hizo fuego fríamente, sin la menor vacilación, como si se hallara en un ejercicio de tiro al blanco.

Gauss calculó, y calculó bien sus posibilidades. Primero disparó hacia Dubert, que se había distraído al tratar de evitar que Scarlett fuera herida, su primera bala abrió un ancho agujero en el pecho del hombre, cuya mano se inclinó hacia adelante, oprimiendo el gatillo con espasmódicos movimientos, independientes por completo de su voluntad.

Un segundo proyectil, éste impactando en el centro de su frente, echándole la cabeza hacia atrás por la violencia con que el plomo llegó a su destino, acabó con la supuesta resistencia de Dubert, que se venció sobre sí mismo, sin tener tiempo siquiera de lanzar un grito. Arañó con las manos convulsas el pulido pavimento que ya empezaba a teñirse de rojo con su propia sangre, y sus movimientos fueron haciéndose cada vez más débiles.

Seguro de que Dubert era ya una baja definitiva, Gauss enfiló el cañón de su pistola hacia Chisholm, en el momento en que éste hacía fuego. El disparo pasó inofensivamente, mosconeando con furia la bala junto a su oreja, gracias al instintivo movimiento que el traidor había hecho para esquivarla, pero el desgraciado Chisholm soltó un aullido de dolor, cuyos ecos se elevaron agudamente sobre los de los disparos que rebotaban por las paredes del vestíbulo, pero su alarido fue cortado bruscamente por la bala que, entrándole por la boca, le destrozó el occipital. Dio un salto epiléptico, rígidamente, y luego, convertido en una inerte masa de la que había huido por completo la vida, cayó al suelo, y su cuerpo quedó cruzado con el de su

compañero, formando ambos una sangrienta aspa.

Hubo apenas un instante de absoluto silencio. La escena había sido tan rápida, que, cuando los empleados y la servidumbre del hotel quisieron enterarse de lo que ocurría, no vieron más que a Gauss con Scarlett, desmayada, en sus brazos.

No supieron que la muchacha había intentado levantarse y marcharse a toda prisa de aquel lugar, pero Gauss había sido más rápido que ella, derribándola, con muy pocos miramientos, con un medido golpe asestado con el cañón de la pistola. Después se encaminó hacia la escalera. No había ascensor porque en Cereida, a la fuerza, los edificios habían de ser muy bajos.

— ¡Déjenme pasar! ¡La señorita O'Hara está herida! ¡Pronto, por favor, un médico!

Los asustados empleados, horrorizados por el espantoso espectáculo que se presentaba ante su vista, se apresuraron a obedecer. Pero el gerente, además, llamó al jefe de policía, quien se presentó poco rato después, cuando ya el doctor había declarado que Chisholm y Dubert eran dos legítimos cadáveres y que la muchacha, fuera de la conmoción no ofrecía peligro alguno.

—Después de dos días, sólo tendrá un chichón en la frente —dijo, lavándose las manos, en el momento en que el comisario hacía su entrada en la habitación, inquiriendo abruptamente;

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ha liquidado a esos dos tipos, Gauss?

Éste miró primero a la cama, y apreció que Scarlett continuaba desmayada. Pero, no queriendo correr ningún riesgo, dijo:

—Salgamos fuera. Podríamos molestarla, comisario. Se lo explicaré en el pasillo.

El policía, incautamente, cayó en la trampa y siguió a Gauss, quien comenzó a hablar:

—Mire, Trytell — así se llamaba el de la estrella en el pecho—, lo que ocurrió fue lo siguiente. Ya estará usted enterado de que la concesión de la señorita O'Hara está siendo muy ambicionada.

El comisario asintió y Gauss continuó con su fábula.

—Pues bien, cuando nos disponíamos a salir hacia el aeropuerto para regresar a la mina, esos dos tipos dijeron, volviéndose de repente

contra aquélla a quien tanto debían, que no iban hacia su destino sino hacia otro lugar, que no se molestaron siquiera en aclarar. En suma, que alguien, no sé quién, pero que tanto usted como yo nos suponemos fácilmente, los pagó para raptarla y así obligarla a vender. Bueno...— Gauss se interrumpió para continuar, sonriendo con aire satisfecho—. Ella se quiso resistir y uno de los dos la derribó de un culatazo, en tanto que el otro se encaraba conmigo. Bien, el caso es que yo tuve más suerte y libré al mundo de dos canallas que...

—Está bien, Gauss — cortó Trytell —. De momento queda aceptada su declaración, pero no se mueva del hotel en tanto no despierte la señorita O'Hara *y* la confirme. ¿Entendido?

—Entendido. Nada me gustaría más que mi ama recobrara ahora el conocimiento. Vería cómo...

Pero el comisario ya no le escuchaba. Caminaba escalera abajo dispuesto a desalojar el vestíbulo de los numerosos curiosos que allí había y hacer llevar los cadáveres a la Morgue. Y mientras lo hacía, monologaba:

—En menos de una semana, tres fiambres. Trytell, amigo mío, si esto continúa así, te verás obligado a pedir aumento de sueldo.

Entretanto, Gauss, contemplando cómo se alejaba el comisario, sonriéndole mefistofélicamente, dio media vuelta y ya iba a introducirse de nuevo en la habitación, cuando un hombre le alcanzó.

— ¡Buena faena, Gauss!—dijo.

—Gracias, señor…

— ¡Alto! Prohibido pronunciar nombres. Las paredes oyen.

—Como quiera, patrón. Pero como verá todo se ha hecho con la máxima limpieza. Sin embargo, hay una cosa que falta.

— ¿Qué es ello, Gauss? — preguntó el recién llegado, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de sí. Dirigió una indiferente mirada al rostro pálido de Scarlett y luego miró al traidor.

—Mejor dicho — prosiguió éste—. Dos cosas son las que faltan.

—Veamos — dijo el otro simplemente.

—Una de ellas es: ¿cómo taparle la boca a la chica cuando se despierte? Es evidente que no coincidirá su declaración con la mía, y el comisario tiene muchas ganas de escucharla.

—Esto es fácil de arreglar, Gauss —dijo el hombre sacando algo del bolsillo, que consistió en una jeringuilla de inyecciones que, tras la oportuna preparación, descargó en el insensible brazo de Scarlett, la que se agitó levemente, pero sin recobrar la conciencia de sus actos.

— ¡Ya está! —dijo retirando la aguja de la carne—. Cuando se levante tendrá perdida la voluntad durante un par de semanas al menos, y contestará afirmativamente a todas las preguntas que le hagan. Por esa parte, pues, debes, tranquilizarte, Gauss. Veamos ahora el segundo punto.

El traidor agitó sus dedos índice y pulgar en significativo gesto.

—Yo he cumplido mi compromiso, patrón. Cumpla usted ahora el suyo.

El interlocutor de Gauss echó mano al talonario de cheques, pero el otro le detuvo con un gesto;

—Nada de papelotes, jefe. Convenimos en que el pago sería en buenos y crujientes billetes de banco.

— ¡Oh!—el otro pareció reaccionar, echándose a reír al desgaire —: Tienes razón, Gauss. Me había olvidado. Vamos a mi habitación; lo tengo allí pues, como comprenderás, es demasiado voluminoso el paquete para llevarlo continuamente en la mano. — Miró a la cama y añadió —: Scarlett dormirá aún unas cuantas horas. Un invento muy útil el hipnotal.

Salieron de la habitación y caminaron unos cuantos metros por el pasillo. Abrió una puerta el que quería mantener el incógnito y tras él penetró Gauss.

Los ojos del minero brillaron codiciosos al ver el grueso fajo de verdosos billetes y alargó su mano hacia ellos, sin que su oponente hiciera la menor resistencia. Pero cuando ya Gauss, tras farfullar unas cuantas frases de despedida, se disponía a marchar, el otro le dijo:

— ¡Hombre, Gauss! ¡Eso no está bien!

— ¿Qué es lo que no está bien, patrón?

El "patrón" sonrió de una manera que, a ser interpretada correctamente por Gauss, le hubiera hecho sentir más de un escalofrío. En lugar de ello escuchó complacido las palabras de su jefe.

—Creo que un brindis por el buen éxito de nuestra empresa es lo más conveniente en estos momentos, ¿no?

—Usted manda — dijo Gauss tranquilamente.

Presenció cómo su interlocutor vertía licor de una botella que había sobre una mesita en el interior de dos vasos y tomó uno cuando le fue ofrecido. Alzó su mano, correspondiendo al brindis.

Gauss se tiró al coleto el contenido de la copa, de un solo trago, y cuando su no muy agudo olfato percibió el olor de almendras amargas, la sangre se heló en las venas.

Aunque tardíamente comprendió la horrible suerte que le aguardaba. Y más que por el olor del ácido prúsico, por la fría sonrisa de complacencia que animaba el rostro de su “patrón”.

— ¡Traidor! ¡Canalla!—barbotó, sintiendo ya en los labios, a través de la espuma violácea que asomaba a ellos, el amargo gusto del tóxico. Quiso dar un paso hacia adelante, pero súbitamente una enorme laxitud se apoderó de todos sus músculos.

Se abrieron sus dedos, dejando caer la copa al suelo, quebrándose el cristal con argentino tintineo. Gauss, presa ya de las convulsiones del veneno, se arrodilló. Intentó asirse a un brazo de su sillón, pero el brazo se negó a obedecerle. Cayó al suelo, advirtiendo que el techo de la estancia giraba vertiginosamente. Pero esta visión se esfumó en seguida, porque el cianuro hizo sus efectos rápidamente. Se agitó un par de veces y al fin, relajándose su organismo en la suprema inmovilidad de la muerte, se quedó muy quieto.

El hombre que había envenenado tan fríamente a su colaborador contempló el cadáver con una sonrisa de satisfacción. Empujó el inanimado cuerpo con el pie, sin que advirtiera ya la menor reacción y, tranquilo en este sentido, se dirigió hacia el intercomunicador.

Un rostro apareció en él:

— ¿Qué hay, jefe?

—Todo está listo. Ya podéis venir cuando queráis.

—Muy bien. Ahora mismo.

El asesino encendió tranquilamente un cigarrillo, aspirando el humo con visible delectación. Pasó por encima del muerto dirigiéndose hacia la puerta y ya tenía las manos en el pomo cuando se dio una palmada en la frente.

— ¡Qué idiota soy! ¡Por partida doble! —exclamó irritado consigo mismo.

Volvió sobre sí y borró sus huellas de todos los lugares en que había podido posar las manos, el pomo de la puerta incluido. Después se arrodilló al lado del cadáver y metió la mano en el lugar en que Gauss se había guardado el dinero.

Se levantó y, con toda parsimonia, se dirigió hacia la salida del hotel. Se cruzó con un grupo de tres o cuatro hombres, uno de los cuales, el que iba en cabeza, le hizo una imperceptible señal, al que el "patrón" hizo un también ligerísimo gesto de asentimiento. Después continuó su camino con toda indiferencia.

* * *

— ¿Las perforadoras?

—Arriba están ya — replicó Christopher a la interrogante de Goofy.

— ¿Habéis repasado las cajas de víveres?

—También—el que contestaba ahora era el español, que pasó con una caja de impresionante volumen por delante de McClayden, colocándola en el montacargas.

— ¿El productor de agua? Es el aparato más imprescindible para todo minero.

— ¿Cree que nos podemos olvidar del detalle? — dijo Oberth—. *¡Gott in Himmel!* ¿Cuándo inventarán un aparato que, en vez de producir agua extrayendo el hidrógeno y el oxigeno del mineral, dé cerveza?

—No te preocupes — sonrió Bliss—. Llevamos con nosotros dos cajas de extracto. Bastará que le añadas un poco de agua para que tengas toda la cerveza que quieras.

— ¿De verdad? — los ojillos de Hermann se iluminaron codiciosamente —. No me haga padecer, compadre.

—Sí, pero solamente te daré una tableta los domingos.

—Bueno, menos es nada — se lamentó el alemán, resignándose.

Un hombre, vestido con escafandra espacial, se les acercó. Llevaba una carpeta en la mano, sobre la que se veía una plancha

finísima de aluminio, llena de letras y números grabados fosfóricamente.

—La autorización de salida, Goofy. Firma — y le alargó un punzón, con el que el hombrecillo rayó unos garabatos sobre el metal, devolviéndoselos al empleado.

— ¿Podemos largarnos ya? — inquirió.

—Por mí...—se encogió el otro, dando media vuelta.

—Está bien —dijo McClayden—. ¿Queda algo por embarcar?

—Sí. Una guitarra — suspiró el español.

—Utiliza al receptor de larga distancia y coge los programas terrestres — le replicó Goofy, quien ornó—: ¡Arriba!

El montacargas comenzó a ascender lentamente, llevando a los tres compañeros, a Goofy y el resto del equipaje, en tanto que Aldea meneaba pesarosamente la cabeza.

—Este trasto no me gusta un pelo. Estoy seguro de que cualquier día volamos en mil pedazos, sin enterarnos siguiera.

— ¡Oiga!—le recriminó su propietario—. Sepa usted que no hay mejor astronave en todo el sistema que la mía y...

Pero el español se echó a reír.

— ¡Quite allá, hombre de Dios! Si este aparato volaba ya antes de que los hermanos Wright inventaran su artefacto de cañas y tela en 1803.

Goofy pareció que iba a estallar, a juzgar por el enrojecimiento que se apoderó de su arrugado semblante, pero no dijo nada. Logró contenerse, en tanto que Bliss y Oberth sonreían la broma de su amigo.

Quince minutos después todo estaba listo para la partida. Debido a la poca gravedad de Ceres, la velocidad de escape resultaba ser de un kilómetro y medio por segundo, contra los once kilómetros y cuarto que se precisaban para arrancarse a la atracción terrestre. Goofy se sentó ante los mandos, en el sillón antichoque, y Bliss, a su lado, haciendo de copiloto. Comenzó a probar el perfecto paso de la energía a las toberas de escape, pero en el momento en que la mano del hombrecillo se cerraba sobre el puño de arranque, la lamparita del transmisor titiló.

— ¿Quién será ahora el importuno...? — gruñó Goofy, dando el contacto.

— ¿Está ahí un tal Christopher?— se oyó el rugido de la voz de Trytell.

—Sí. Yo soy. ¿Qué ocurre ahora?

—Baje Inmediatamente. No puede partir de Ceres.

— ¿Qué tripa se le ha roto, comisario? ¿No quedamos que no tengo la culpa de la muerte de Halagan?

—No se trata ahora de Halligan, sino de Gauss, el segundo de la señorita O'Hara. Ha aparecido muerto en su habitación del hotel.

—Bien, ¿y a mí qué me cuenta con esto?

—Pues que todos los indicios le acusan a usted, Bliss. Y también se le supone autor de la desaparición de la señorita O'Hara.

Christopher dio un respingo en su asiento. La primera noticia era harto sorprendente, pero la segunda le dejó sin aliento. En verdad que, a pesar de los dimes y diretes que había tenido con la muchacha, no había dejado de apreciarla, pero no comprendía por qué tenía él que estar relacionado tanto en la muerte de Gauss como con el rapto de Scarlett.

—Yo no he hecho nada de lo que usted me acusa, comisario — se defendió a través del micrófono.

—Lo podrá probar aquí abajo, Bliss. Le ordeno que abandone la nave inmediatamente — conminó Trytell, autoritariamente.

—Venga a por mí... ¡si puede! —repuso Christopher, al mismo tiempo que su mano se apoyaba sobre la del desprevenido Goofy y la empujaba hacia adelante, dando toda la energía a las toberas del aparato, que saltó hacia arriba.

CAPÍTULO VII

Scarlett despertó y le pareció salir de un mal sueño. Al recobrar la conciencia de sus actos no quiso abrir los ojos, todavía semisumergida en la dulce indolencia de que estaba poseída y procuró recapacitar sobre los últimos acontecimientos que le habían ocurrido, deteniéndose, muy a su pesar, en el momento en que viera caer muertos a Chisholm y Dubert, sus fieles mineros, asesinados inicuamente por Gauss. Recordó asimismo que había intentado huir, pero el traidor se había abalanzado sobre ella, reduciéndola a la impotencia con un fuerte golpe asestado con la culata de la pistola, sin tener para nada en cuenta el sexo a que pertenecía.

Se estremeció visiblemente y, aún con los ojos cerrados, continuó pensando. Había tenido muchas pesadillas. Una de ellas fue que un grupo de hombres, de siniestra expresión, se encontraba rodeando el lecho en que ella yacía. Había uno que parecía mandar y que ordenó a los otros cargaran con ella. Se sintió izada por debajo de los brazos y luego anduvo, pareciéndole que flotaba en el aire, ingrávida, sin sentir el peso de su cuerpo, cosa que no podía achacarse precisamente a la poca atracción gravitacional de Ceres. Vagamente había entrevisto el astropuerto de Cereida, después de que aquellos seres la colocaran un traje espacial y había creído sentirse atada a la litera antichoque de la nave. Mas apenas había dejado caer su cabeza hacia atrás, notándose en extremo fatigada, se había vuelto a dormir instantáneamente.

Las pesadillas continuaban durante todo su sueño, y en ellas no dejaba de ver continuamente uno de aquellos hombres, sonriéndola con toda tranquilidad. A veces le parecía que le traían comida. Pero continuamente se sentía invadida por un cansancio infinito que le hacía cerrar los ojos muy en contra de su voluntad. Una vez, aunque de ello no estaba muy segura, creyó ver una cara conocida, mas su propietario duró muy poco ante ella. La visión se esfumó en seguida en la grisácea neblina que envolvía todas las apariciones.

Después de dudarlo un momento, Scarlett se decidió a abrir los ojos, cosa que le costó bastante, dándose cuenta de que debía haber dormido muy mal, a juzgar por lo cansada que se sentía. Y, apenas había ejecutado tal movimiento, cuando, olvidándose de la fatiga, se

sentó en la litera, tapándose la boca con las manos para ahogar el grito de espanto que había estado a punto de brotar de sus labios.

Así, pues, sus sueños no habían sido tales, sino auténticas realidades. Había sido sacada del hotel y llevada a la astronave en la que se encontraba ahora, viajando por los espacios con sabe Dios qué ignorado rumbo. Aquel Forks había decidido pasar de las amenazas más o menos indirectas a otras relacionadas con su propia persona, por lo que había dispuesto raptarla, llevándosela a algún lugar ignorado, en el que, sin duda, por medio del tormento o por alguna clase de coacción más repugnante todavía, intentaría arrancarle el consentimiento para la venta de su concesión minera.

Todavía estaba absorta en tales pensamientos, nada agradables por cierto, cuando de repente la puerta de la camareta se abrió y un hombre penetró en ella, sonriendo alegremente al vería despierta en el pleno disfrute de sus facultades mentales.

— ¡Caramba! A ver si resulta que soy el príncipe encantador que he despertado a la bella durmiente del bosque.

— ¿Quién es usted y por qué me encuentro en este lugar? — inquirió Scarlett sin hacer caso de las chanzas del recién llegado.

Éste sonrió de nuevo. No tenía mal aspecto físico y tampoco era muy viejo, aunque se adivinaba en él al hombre que había disipado su juventud, haciendo del alquiler de su arma el medio de ganarse la vida.

—En cuanto al primer punto de sus preguntas, le diré que me llamo Tony Ramsay, y que cuanto por ahora puedo decirle es que nos hallamos en una nave sideral.

— ¿Dónde vamos? ¿Por qué me raptaron?

Ramsay, siempre sonriente, volvió a denegar:

—Ya se lo he dicho, señorita O'Hara. Prohibido responder a esas preguntas. Si, en cambio, podré acceder a sus deseos, si consisten en alimento o bebida. Nada más podré hacer por usted, porque así rezan las órdenes recibidas.

— ¿Qué órdenes son ésas y quién es el que las ha dado?

—Sigue usted siendo tan terca, señorita. Prohibido replicar.

— ¿Se da cuenta—dijo Scarlett — de que se está haciendo reo de complicidad en un delito de secuestro, señor Ramsay?

El otro se encogió de hombros.

— ¿Qué le vamos a hacer, señorita? Uno no puedo elegir siempre que quiere la manera de ganarse el pan. Quizá yo hubiera sido más feliz colocándome en un Banco, detrás de una calculadora, pero mi mala suerte me ha llevado a ponerme del otro lado. De aquel en que se hallan los que aligeran dicho Banco de sus caudales. Bueno, y otros trabajos por el estilo.

—Está bien — murmuró Scarlett disgustada, dándose cuenta de que no sacaría más en limpio de Ramsay, por muchos intentos que realizara—. ¿No ha dicho que puedo pedir comida y bebida?

—Es claro. No tiene más que indicar sus deseos...

—Lo que sea — cortó ella—, pero pronto. ¡Ah! Y no se olvide de traerme unos cigarrillos. ¿O es que también el tabaco entra en la serie de cosas que son contrabando a bordo?

—Nada de eso, señorita O'Hara. Aguarde tan sólo unos minutos — y Ramsay desapareció, no sin cerrar la puerta tras sí.

Scarlett se levantó. Tuvo que apoyarse de nuevo en la litera, porque un intenso vértigo se apoderó de ella. Pero haciendo un intenso esfuerzo de voluntad, consiguió mantenerse en pie. Pasóse la mano por la frente, como intentando despejársela, pero en aquel momento entró Ramsay con una bandeja bien surtida de alimentos.

El café, que se tomó inmediatamente, aún teniendo que usar la pera de goma, ya que con la poca menos que nula gravedad que había en el aparato hubiera sido obra de romanos ingerirlo a sorbos, como en la Tierra, le sentó maravillosamente. Notó que por sus venas circulaba la sangre con mayor fuerza y al reanimarse físicamente se sintió igualmente reanimada en su mente. Atacó, pues, la comida, con redoblados bríos y cuando terminó, no pudo por menos que lanzar un suspiro de satisfacción.

— ¡Vaya!—comentó Ramsay, que no se había movido de allí en tanto la muchacha devoraba los alimentos—. A lo que parece, como dijo no sé quién hace casi mil años, los duelos con pan son menos.

—Cervantes — respondió ella secamente, extrayendo un cigarrillo y colocándoselo en la boca. Ramsay se lo encendió antes de que pudiera hacer el menor gesto y Scarlett saboreó en toda su intensidad el agradable sabor del tabaco.

Hubo una breve pausa, en tanto que Ramsay se disponía a

llevarse la bandeja, pero cuando éste ya se encontraba cerca de la puerta, se volvió.

— ¡Ah! Se me olvidaba decirle que el jefe ha dicho que puede circular libremente por todo el interior de la nave…

—Está seguro de que no puedo intentar la escapatoria, ¿verdad?

—…a excepción de la puerta marcada con la palabra “capitán”. Prohibido abrirla.

— ¿Se ha creído su jefe que yo soy la séptima esposa de Barba Azul? ¡Prohibido esto, prohibido lo otro!… Pero ustedes no se dan cuenta de que también está prohibido llevarme aquí contra mi voluntad.

—Señorita O’Hara, no me haga esos reproches. Recuerde que yo soy solamente un humilde asalariado que…

—…cobra un tanto por canallada, ¿no es cierto?

—Pudiera ser — sonrió Tony Ramsay, indefiniblemente, cerrando tras sí.

Scarlett arrojó la colilla de su cigarro con rabia. La pisoteó como si con aquel gesto quisiera desahogarse de la cólera que la poseía, pero se convenció de que no había sido más que una futilidad. Lo único que cabía hacer era o resignarse y dejarse arrastrar por su suerte, o intentar hallar la manera de mejorar su situación. Claro es que se trataba, en su caso, de una sola mujer contra cuatro o más forajidos, y qué le sería difícil conseguir sus propósitos. Mas, suponiendo que lo lograra, ¿a dónde iría? Sus conocimientos de astronáutica eran relativamente limitados. Desde que entrara en posesión de su mina espacial se había limitado a viajar en una diminuta astronave de cuatro plazas, apta para cortas distancias, como eran las que separaban las rocas que componían el grupo de asteroides de su concesión. La navegación allí era facilísima, porque se podía viajar casi a ojo; pero con un aparato del calibre en que ella viajaba, apto para recorrer el Sistema Solar de punta a punta, era ya otra cosa completamente muy diferente. Solamente el pensar en los complicados cálculos que se requerían para determinar una órbita exacta, de planeta a planeta, la pusieron los pelos de punta. Mas, a pesar de todo, decidió que casi sería preferible la suerte de vagar perdida por el espacio a no la de terminar aquel viaje en compañía de aquellos desalmados, viaje cuyo fin ofrecía unas perspectivas muy poco agradables para ella.

Determinada ya a intentar realizar lo que le resultara más conveniente, salió fuera de su cámara. El pasillo se hallaba en el eje longitudinal del aparato, con lo que, para poder moverse con comodidad había dos correas sin fin, a ambos lados, moviéndose en sentido inverso, provistas de unas anillas. So agarró a una de ellas, dejándose llevar hasta una especie de cuarto de descanso, contiguo al puente, y en el que se hallaban jugando a las cartas tres hombres desconocidos para ella.

Faltaba Ramsay y Scarlett lo supuso ocupado en la conducción de la nave o con el misterioso jefe cuya identidad deseaba fuera desconocida. Miró al desgaire el juego de los forajidos, cuyas cartas, de livianas planchas de metal, grabadas en ligerísimo relieve, eran atraídas por la pequeña imantación que tenía la mesa. Apenas si le dedicaron una mirada indiferente, continuando abstraídos su partida.

Pasó a la cabina de mando y la halló desierta. Sé dio cuenta de que todavía faltaba bastante tiempo para llegar a su destino, ya que por lo visto era el piloto automático el que dirigía el rumbo del aparato. Cuando se hallaran cerca del final del viaje, alguno de aquellos hombres ocuparía el sillón que ahora aparecía vacío.

Meditó un momento. Lo primero que necesitaba para intentar una más que problemática huida, era un arma. Pero aquellos tipos, bien se había fijado al pasar junto a ellos, iban desprovistos de cualquier clase de armamento. Estaban seguros de que la muchacha no podía intentar nada. Para reducirla fiaban en la fuerza de sus brazos, caso de una posible rebeldía por su parte...

Desanimada, volvió a su cámara. Había un aparato de televisión y se entretuvo en contemplar un programa cualquiera terrestre, retransmitido desde Marte o desde alguno de los asteroides, como Ceres, relativamente habitados. Pero aquello la hastió bien pronto. Su cerebro no estaba como para entretenerse con ninguna clase de espectáculos.

Dejó que las horas pasaran lentamente. Cenó cuando otro individuo de aquellos que, entre gruñidos, dijo llamarse Red Colfax, le llevó la cena. También se fijó en que no llevaba ninguna clase de armamento.

“Lo tendrán guardada” se dije. La cosa podía ser, si su jefe, como buen capitán de bandidos, no confiaba mucho en éstos. Luego, entonces, ¿no la convendría más irse a la cabeza? La idea comenzó, cada vez con más fuerza, apoyándose en el hecho de la prohibición recalcada por Ramsay, de asomarse al cuarto del jefe, a incrustarse en

su cerebro. Se dijo que no estaría, aun cuando fracasase en su intentona, mucho peor de lo que estaba ahora. Lo más que podría ocurrirle sería el verse encerrada o, como ya lo había deducido, dormida con algún hipnótico de larga duración. Estas dos últimas alternativas la importaron muy poco y por ello, fumando más de la cuenta, aguardó impaciente, nerviosamente, a que pasara el tiempo, hasta que llegara la medianoche, cuando todos estuvieran dormidos. Los bandidos podían hallarse desarmados, pero su jefe no lo estaría.

Asomóse al pasillo, hallándolo desierto. Tal como había calculado, todos dormían, de tal modo que habían cortado el movimiento de la correa de traslación, por lo que el llegar hasta la despensa fue una labor ímproba. Empujándose con las manos, con los pies, subiendo hasta el techo, agitándose como una lagartija, cuando algunos de sus impulsos eran cortos y se quedaba suspendida, flotando a mitad del camino sin lograr hallar un punto de apoyo; toda esta serie de esfuerzos la dejaron jadeante y exhausta, pero feliz y satisfecha. La botella de cerveza estaba llena y para comenzar no estaba mal como arma ofensiva.

Cerró con infinito cuidado la enorme cámara frigorífica, pero en aquel momento se quedó rielada de terror: acababa de escuchar un ruido.

Distendiendo los músculos de sus piernas, saltó hacia adelante, buscando la protección de la puerta, oprimiéndose contra la pared. El ruido, que no era otra cosa que una monótona cantinela, pasó, cuando, agarrado a la correa de traslación, se dirigía hacia el puente el indiferente Colfax. A verificar los instrumentos que marcaban el rumbo, supuso Scarlett.

Apenas le sintió pasar, cuando se asomó. Vio las anchas espaldas de Colfax y, sin dudarlo más, se agarró a una anilla, dirigiéndose también al puente, al que llegó unos segundos más tarde. El forajido estaba de pie contemplando con aire aburrido los resultados matemáticos grabados en la cinta que salía del director automático de rumbo, pero se volvió al oír un seco choque tras sí.

Al pasar por el umbral, Scarlett había dado un suave empujón a la puerta, que se cerró. Y el impulso que recibiera de la correa transmisora, aun soltando la mano de la anilla, fue suficiente para llegar hasta Colfax, quien, evidentemente alarmado, pues no había razón alguna para que hubiera alguien despierto fuera de su turno a aquellas horas, giró sobre sus talones.

Abrió la boca para gritar, pero ya era tarde. La botella de

cerveza, sola, abandonada, podría flotar en la atmósfera sin gravedad, pero duramente manejada por la furia y desesperación conjunta que se habían apoderado del espíritu de la muchacha, se estrelló con tremenda fuerza en la frente de Colfax, quien, sin lanzar un grito, se quedó inmóvil, venciéndose muy despacio hacia adelante. Lo menos tardarla cinco minutos en adoptar la posición horizontal, y de no hallarse en tan crítica situación, Scarlett riera de buena gana.

Apartó con la mano la nubecilla de glóbulos amarillentos que se habían formado al esparcirse la cerveza de su recipiente destrozado, y de un empujón alcanzó la anilla que la devolvió al corredor. Se soltó un segundo para cerrar la puerta a fin de que nadie pudiera ver el inconsciente cuerpo de Red, y se dirigió de nuevo hacia la despensa-cocina, con el fin de apoderarse de otra arma, con la que, un minuto más tarde, firmemente empuñada, se hallaba ante una puerta en la que se lela una sola palabra: "capitán".

Escuchó atentamente. No se oía el menor rumor. Con infinitas precauciones, sintiéndole latir aceleradamente el corazón, hasta el punto de que temió pudiera escucharse el rápido latido de su víscera, asió el pomo de la puerta, haciendo que ésta girase lentamente, tanto, que le pareció que nunca llegaría a asomarse al interior de la cámara, lo que consiguió al fin, sin que el hombre, que se hallaba sentado ante una mesa, examinando interesadísimo un montón de papelotes, se apercibiera de la presencia de una persona extraña en aquel lugar.

Inspiró con fuerza antes de lanzarse hacia adelante, en alto la segunda botella, que se estampó con pesado impacto en el occipital del hombre, que se inclinó súbitamente, sin gemir siquiera, quedándose absolutamente inmóvil, apoyado sobre la mesa,

Scarlett no sintió la curiosidad de averiguar la identidad del desconocido. Por el momento, se había apoderado el pavor al creer que había matado a un hombre, pero la idea de que, en todo caso, la acción había sido ejecutada en uso de un perfecto derecho de legítima defensa, la hizo reaccionar, así como un somero examen que le indicó que el hombre estaba solamente desvanecido, con una momentánea pérdida del conocimiento.

Dándose cuenta de que todos los minutos eran preciosos, Scarlett comenzó una silenciosa y frenética rebusca por todos los rincones de la cámara, lo que dio por resultado él hallazgo de un armario que resistió a todos sus esfuerzos por abrirlo, pero que, sin embargo, cedió, cuando en uno de los bolsillos del traje del capitán, halló un manojito de llaves, una de las cuales funcionó perfectamente en la cerradura.

“¡Menudos piratas debían ser aquellos!”, se dijo Scarlett. Ni siquiera su capitán se fiaba de ellos y les había recogido las armas. Allí estaban, nuevecitas, relucientes, bien engrasadas las de pólvora; pavonadas, oscuras, amenazadoras, las de carga nuclear; todas en cantidad suficiente para abastecer a un pelotón de infantería.

Scarlett miró en torno suyo, buscando algo, en qué echarlas, pues no podía permitirse el lujo de ir haciendo viajes sucesivos, decidiéndose por coger una sábana de la litera del capitán y hacer un montón con una docena de revólveres y pistolas y otras tantas atomizadoras. Tomó una de cada clase, que se colocó en el cinturón del traje y, haciendo un nudo central, asió el paquete, que con una gravedad normal casi le hubiera sido imposible levantar.

Sin embargo, calculó mal su impulso para coger la anilla, puesto que la carga le hizo adquirir una inercia superior a la suya, con lo que no pudo evitar el choque contra una de las paredes del corredor. Las armas resonaron metálicamente, con demasiado estruendo, en aquel absoluto silencio de la nave, apenas alterado por el lejanísimo zumbido del reactor nuclear funcionando en régimen reducido de crucero.

Palpitó su corazón aceleradamente. Tuvo por seguro que los durmientes despertarían y se enfureció por la lenta marcha de la correa que no iba todo lo aprisa que ella quisiera hacia el puente. Por ello no se sorprendió mucho cuando oyó un grito a sus espaldas.

— ¡Eh! ¿Dónde va usted? ¡Vuélvase atrás, señorita O’Hara!

La respuesta de Scarlett fue contundente. Mientras que las frases del individuo alcanzaban sus tímpanos, ella ya estaba en el umbral de la puerta de la cabina. Soltó el asidero y con la mano libre empuñó el revólver. Se volvió e hizo fuego.

CAPÍTULO VIII

—Si este yacimiento posee la riqueza mineral que asegura ese loco, nos resarciremos de sobra de nuestras pérdidas y podremos regresar al nuestro. Nos quedan aún bastantes asteroides que no fueron invadidos por los litófagos—aseguró, completamente convencido de sus manifestaciones, Christopher, mirando a sus compañeros.

Éstos asintieron:

—Opino exactamente igual que tú — dijo el alemán.

— ¡Caray con el "Geiger"! ¡Vaya una manera de saltar! Esta piedra debe estar podrida de uranio — rio Aldea.

—Bien, pues al trabajo, chicos. Cuanto antes empecemos, más pronto concluiremos.

— ¿Cuándo volverá Goofy? — preguntó Oberth.

—Dijo que en cuanto traiga más víveres y herramientas de repuesto. No quiere correr ningún riesgo— repuso Bliss, aplicándose a la perforadora.

—Lo cual quiere decir que nuestra estancia aquí va para largo, ¿no? — murmuró el español, vigilando la presión del generador.

— ¿Tú qué crees?—repuso Hermann irónicamente.

Y ya no se habló más durante aquella jornada, excepto las palabras necesarias para su labor. Christopher pensó en que, aun no siendo muy grande su parte, comparada con la leonina que se llevaría su jefe, les quedaría un buen capítalito con el que descansar una temporada y luego reanudar, bien equipados, su trabajo en la mina abandonada. Eso... si el misterioso remitente de los litófagos no insistía en sus envíos. Se dijo que, de no ocurrirle nada, una vez hubieran terminado allí haría las oportunas pesquisas para localizarle y darle su merecido, pero también pensó en que la empresa sería ardua en extremo. ¿Cómo hallarle, si no tenía la más remota idea de quién podía ser aquel individuo que les había llevado a la ruina? Todavía había otra pregunta que le torturaba el magín: ¿Por qué, precisamente, habían sido ellos los elegidos? Estuvo a punto de escupir, furioso, pero se contuvo a tiempo. Se había olvidado de que llevaba una escafandra espacial, por lo que se limitó a apretar con

redoblado ímpetu la herramienta que tenía entre sus manos.

Dejó de pensar en ello. En cambio hizo que en su mente apareciera una visión mucho más alegre. Más reconfortante. La de la joven que fuera a intentar alistarlos en su servicio. Guapa chica, en verdad. ¡Lástima que anduviera enzarzada en su pelea con el tal Forks! No le habían gustado sus proposiciones y por ello las rechazó. A Christopher no le agradaban los líos, aunque nos los rehuía si se encontraba de lleno en algún compromiso, pero prefería la tranquilidad. Y su instinto le dijo que, tanto de haber entrado a formar parte de la nómina de uno de los dos, no hubiera tardado en surgir el conflicto. No. Decididamente había obrado bien, rechazando ambas proposiciones.

De todo lo cual andaba felicitándose, cuando de repente la aguja metálica de la perforadora se hundió total, inesperadamente, hasta el tope, haciendo que Christopher estuviera a punto de darse de bruces contra el suelo.

— ¡Caramba! —exclamó—. ¡Sí que es raro esto!

En tanto que trabajaban tenían conectados permanentemente sus transmisores, por lo que sus dos compañeros alzaron; la cabeza, suspendiendo momentáneamente su labor.

— ¿Qué es lo raro, Chris?— inquirió Oberth.

— ¿Ocurre algo? — la pregunta era del español.

De momento no replicó Bliss. Sacó la perforadora del hoyo que había producido y la aplicó un metro más allá, observando atentamente el terreno. Su pulgar oprimió el botón de energía y la herramienta se hundió con rapidez en la roca.

—No lo comprendo — murmuró.

Se le acercaron Félix y Hermann, visiblemente intrigados.

—Parece como si aquí debajo estuviera hueco — exclamó Christopher.

—Bueno, en todo caso serian facilidades en nuestra tarea — dijo Hermann.

Volvió a hacer un tercer intento Bliss, con idéntico resultado. A continuación detuvo el funcionamiento de la perforadora y, anclándola, la dejó a un lado. Se inclinó y tomando con ambas manes un enorme trozo de roca, lo arrojó fuera de allí. La piedra se elevó

cincuenta o sesenta metros, quedándose inmóvil. Luego comenzó a descender lentísimamente, a menos de un centímetro por segundo, convertida inesperadamente en un satélite de nueva especie de aquel asteroide, de forma harto irregular, que mediría a lo sumo unos quinientos metros en el mayor de sus ejes. Y todavía se formaron más satélites, cuando Christopher echó a un lado más y más trozos de roca, algunos de los cuales hubieran causado pavor en el más forzudo de los terrestres. Pero allí se manejaban como si fueran plumas de aves.

— ¡"Santa María Purísima"! —exclamó, sinceramente asombrado, el español —. Como continúes así, Chris, vamos a ahorrarnos el uso de las perforadoras.

Oberth, dándose cuenta de que lo que allí estaba ocurriendo no era natural, se precipitó a ayudarle y lo mismo hizo Aldea. Desde luego, Bliss tenía razón más que sobrada. La cosa era harto rara. Había rocas, si, pero no hacía falta separarlas por medios mecánicos. Estaban colocadas unas con otras, como si en alguna época pretérita se hubiera producido un derrumbamiento geológico y como allí no había lluvias ni otros medios que provocasen una erosión que hiciera unirse unas piedras con otras, éstas se hallaban totalmente sueltas de tal forma, que no resultaba nada difícil la labor de excavación. Pero; lo que a Christopher le intrigaba era el lugar en que se hallaban que tenía una forma redondeada, circular, de unos diez a quince metros de anchura, y dada la facilidad con que se realizaba el trabajo, en pocos minutos abrieron un gran hoyo, cuya profundidad alcanzó en seguida el triplo de la altura del más alto.

Pero de repente, al separar una roca, Christopher, que se disponía a arrojarla por encima de su hombro, se quedó quieto, rígido, convertido en una exacta imitación de Atlas cargando el mundo sobre sus espaldas.

Hubo unos momentos de excitado y tenso silencio. Los tres compañeros se quedaron paralizados por el asombro, inmóviles, petrificados, sin reaccionar ante el increíble espectáculo qué tenían ante sus pies; paralizados totalmente por la estupefacción que les había invadido, sin poder creer totalmente a las imágenes que captaban sus desorbitados ojos.

Aldea fue el primero en reaccionar:

— ¡Por las siete lagunas de Ruidera! Pero, ¿es posible lo que estoy viendo? Pellizcadme, amigos. Debo estar soñando sin duda alguna.

No. No estaba soñando el español. Ni él ni ninguno de sus dos compañeros que, reaccionando, se dispusieron a salir de aquel marasmo.

* * *

Quizá para Scarlett lo más cómodo hubiera sido el usar la atomizadora, pero no lo hizo por la sencilla razón de que no tenía puesto ningún traje que la aislara de las radiaciones que se producirían inevitablemente en cuanto se desintegrara el primer proyectil. Pensó que, en todo caso, siempre le quedaba el recurso de usarla y por ello empuñó el revólver, haciendo fuego sin dudarlo un solo segundo.

Pero ocurrió algo inesperado y que hizo que su puntería fuera por completo deficiente.

Al escuchar la voz del que gritaba, que no era otro que Ramsay, se soltó de la anilla que la transportaba hasta el puente, girando en el aire antes de que sus pies tocaran el suelo, por lo que, aun de espaldas al interior de la cabina de mando, continuó moviéndose en el mismo sentido que la correa transportadora, al mismo tiempo que su cuerpo se inclinaba hacia atrás. Su precipitación hízola, pues, fallar el primer tiro, que resonó como un cañonazo en aquel reducido espacio. La bala chocó contra el techo del corredor, perdiéndose a lo lejos con erizante gañido,

— ¡Maldita!—rugió Ramsay, arrojándose hacia adelante, pero siendo instantáneamente detenido por otro disparo que esta vez, aún con precario acierto, impacto en uno de sus hombros, atravesándoselo limpiamente.

Ramsay lanzó un aullido de dolor, aullido que, juntamente con el estrépito de los dos disparos, contribuyó a que los otros dos restantes forajidos acabaran de despertarse e hicieran acto de presencia en el pasillo. Pero, en tanto que esto ocurría, el primero, lanzado ya, sin poderse detener a pesar de estar herido, chocaba de cabeza con el pecho de la muchacha, derribándola hacia atrás.

No por ello soltó Scarlett el revólver y procuró anticiparse a la acción de su antagonista, que pugnaba por apoderarse del arma. Pero, para desgracia de Ramsay, el hombro herido era el izquierdo y por ello tuvo cierta dificultad para hacer lo que deseaba, ya que tuvo que

adelantar la mano opuesta, que llegó tarde, pues la muchacha, sin saber a ciencia cierta lo que se hacía, quizá porque en su subconsciente la idea de matar le repugnaba, bajó el cañón del revólver, propinando un fuerte golpe en plena frente del bandido, que emitió un segundo aullido de dolor y añojo la presión.

La joven se aprovechó de la ocasión y un segundo golpe, esta vez con mejores consecuencias, acabó de dejar fuera de combate a Ramsay. Giraron sus ojos en las órbitas y luego cerró los párpados. Scarlett se puso en pie, apartándolo a un lado con suma facilidad, enfrentándose con los otros dos, que ya acudían por el pasillo.

Les encaró el revólver, tomando al mismo tiempo en la mano izquierda la atomizadora.

— ¡Atrás!—ordenó con firmeza, y los forajidos vacilaron.

Scarlett volvió a repetir la orden:

— ¡Un paso más y os desintegro! ¡Volved a vuestra cámara!—y para acompañar sus palabras de algo más contundente volvió a hacer fuego. La bala, alta, silbó no obstante, lo suficientemente cerca de las cabezas de sus dos enemigos para que éstos no comprendieran lo inútil de su resistencia. Sobre todo, dándose cuenta de que, si bien de un balazo se podía sobrevivir, una vez fueran alcanzados por un proyectil desintegrante, no podrían esperar otra cosa que morir convertidos en una nubecilla de humo verdoso. Y, por lo que parecía, la ex prisionera estaba firmemente decidida a utilizarla, si era preciso.

Mascullando imprecaciones, los dos hombres volvieron la espalda, asiéndose a la correa transportadora que los dejó en la puerta de su cámara. Scarlett cerró la de la cabina, asegurándose de que, por el momento, no tenía nada que temer de aquellos dos que yacían inconscientes, y miró con furia el tablero de mandos, lamentando infinito no poseer las nociones convenientes de astronáutica para apartarse de la órbita que seguían y así poder encaminarse a su concesión, en donde estaría a salvo de todo peligro.

Así, horas más tarde, el jefe de la nave, roja la cara de ira, apostrofaba a los dos secuaces que no habían sabido impedir que la prisionera se apoderara del aparato.

— ¡Estúpidos! ¡Idiotas! ¿Para qué creéis que os pago? ¿Para dejar que una mujer me tome el pelo de la manera más descarada?

— ¡Pero, jefe! ¡Nosotros estábamos durmiendo cuando escuchamos los tiros! ¿Qué podíamos hacer?

— ¡Cierra el pico, Haydock! Habla sólo cuando yo te lo permita. ¿Quién tenía el primer turno?

—Colfax, patrón. Debió descuidarse y...

— ¡Basta ya! Ahora es ella quien se encuentra en el puente con todas las armas. Debernos buscar una solución para hacernos de nuevo con el control de la astronave.

—Hombre, puesto que ella está en la cabina, alguna vez necesitará comer y beber. Sin hablar del sueño, naturalmente. Digo yo — sugirió Haydock.

—Sigues siendo tan tonto como de costumbre. ¿Es que no sabes que antes de veinticuatro horas llegamos a nuestro destino? Si no capturamos a la muchacha a tiempo, ¿sabes lo que nos pasará?

Haydock se puso lívido al darse cuenta de lo que podía ocurrirles. Sin mando, la espacionave, gobernada por el piloto automático, sin poder entrar en la cabina, no habría nadie que refrenara la velocísima marcha del ingenio y se estrellarían contra el asteroide hacia el cual se dirigían. Se secó con la manga las gotas de sudor que le habían aparecido instantáneamente en la frente.

—Tiene razón, jefe — murmuró con roca voz—. ¿Qué es lo que debemos hacer?

La determinación la había tomado por ellos Scarlett. A pesar de que, desde que se encerrara en la cabina con Colfax y Ramsay, se apercibió de que no podía durar eternamente aquella situación. Sus dos cautivos habían recobrado el conocimiento y el primero atendía al herido haciéndole un somero vendaje en el hombro con un trozo de tela rasgada del traje. Pero no podía continuar en aquella vigilancia continua. Podía aguantar un día, dos, pero al fin el sueño, el cansancio, estaba segura de ello, la rendirían y entonces sería una presa fácil para el resto de los ocupantes del navío espacial. Se dio cuenta de que tenía que obrar de alguna manera y eligió la solución que le pareció más adecuada, aliviando con ello de una gran preocupación al jefe de la escuadrilla.

Se acercó con cautela al intercomunicador, sin dejar de vigilar a Ramsay y Colfax que se hallaban sentados en el extremo opuesto. Detrás de ella se encontraba el arsenal de que se apoderara. Movió el contacto y llamó:

— ¿Dónde está el jefe? Quiero hablarle.

La respuesta le llegó con toda claridad y el sonido de aquella voz la hizo estremecer al reconocerla. Pero procuró sobreponerse y escuchó:

— ¿Qué es lo que desea usted, señorita O'Hara? ¿Acaso entregarse voluntariamente?

Rio ella duramente al replicar:

—Nada de eso. Ahora soy yo la dueña de la astronave. Lo único que deseo es que se lleven esta pareja de tontos de aquí.

Una enorme risotada le llegó a través del altavoz:

— ¡Acertada calificación, señorita O'Hara! Está bien. Abra la puerta. Les cogeremos con los brazos abiertos.

—De acuerdo. Sin embargo, le sugiero tenga en cuenta que no vacilaré en disparar.

— ¡Oh! No hace falta que lo diga. Ya sabemos que no le remuerde la conciencia al apretar el gatillo. Pero, a mi vez, me gustaría hacerla una advertencia.

—Diga—repuso el.la, seca, lacónicamente.

— ¿Piensa usted permanecer ahí todo el rato, ocupando la cabina?

— ¿Por qué se cree que lo hice?

—Está bien, está bien — repuso el capitán de la nave —. Por mi parte puede hacer lo que la parezca más conveniente, pero tenga en cuenta que, si no sabe, como me supongo, manejar este aparato, antes de veinticuatro horas nos daremos de narices contra un asteroide y... Bueno, ¿sabe lo que significa lo que acabo de decirle?

Scarlett se quedó aterrorizada durante unos segundos, callando sin saber qué decir. Por una parte se inclinaba a creer que las palabras de su antagonista no eran más que una simple fábula para hacerla desalojar aquella fortaleza, pero la razón le dijo que alguna vez aquel viaje sideral tenía que acabarse en algún lugar del espacio y que, de no decelerar oportunamente, el desastre les aguardaba. No obstante pensó que todavía tenía tiempo sobrado, por lo que repuso:

—Muy interesante lo que me acaba de decir, señor capitán de piratas; pero lo que decida se lo diré más adelante. Ahora voy a abrirle la puerta para que salgan Colfax y Ramsay. Quédeselos y échelos en el

puchero. Puede que así le sean más útiles.

Sin perder de vista a sus dos prisioneros hizo lo que acababa de prometer. Luego se echó a un lado, y Colfax levantó en sus brazos al otro que, a juzgar por su aspecto, parecía no poder tenerse en pie. Después se dirigió hacia la salida del corredor, pero en aquel momento ocurrió lo inesperado.

El cuerpo de Ramsay salió disparado hacia la muchacha, que no aguardaba aquella reacción tan brusca. El hambre, desplazándose por la atmósfera del puente, chocó con Scarlett, en el instante exacto que el índice de ella oprimía nerviosamente el gatillo, en un movimiento más reflejo que volitivo.

La detonación sacudió estruendosamente el aire. Cayó Scarlett hacia atrás, empujada por el golpe de aquel cuerpo humano, pero en el momento en que lo hacía todavía tuvo tiempo de presenciar, en una escena que se desarrolló en cortísimos instantes, algo realmente horripilante.

La bala, dirigida al azar, en el instintivo movimiento de defensa que Scarlett hiciera, encontró no obstante un blanco perfecto: la frente de Colfax, en cuyo centro se abrió un redondo agujerito, al mismo tiempo que, por el impulso del proyectil, careciendo en absoluto su cuerpo de peso, se elevaba unos centímetros del suelo, permaneciendo luego extático, con una horrible expresión de agonía estereotipada en su rostro, los brazos inertes extendidos, en tanto que la sangre que los últimos latidos del moribundo corazón expulsaba por el agujero causado por la bala formaba unos globos de estremecedor tono carmesí.

Sin embargo, Scarlett no pudo preocuparse más del hecho de que acababa de matar a un hombre. Aun disminuidas sus facultades físicas por la herida, Ramsay era un enemigo de cuidado y buscó el modo de deshacerse de él.

No vaciló tampoco ahora y su dedo oprimió el gatillo nuevamente, pero esta Vez la mano de su contrario fue más rápida y logró desviar la de la muchacha en el momento exacto en que el tiro salía por la boca del arma.

Se oyó un ruido completamente distinto del de la detonación, como de metales perforados y vidrios rotos. Scarlett no pudo analizar qué era, porque en aquel momento, Ramsay, sin la menor delicadeza, conectó su puño sobre aquel redondo mentón, y la muchacha perdió el conocimiento instantáneamente.

— ¡Maldita!—gruñó, poniéndose trabajosamente en pie, en el momento en que su jefe penetraba en la cabina. La mirada de éste fue de la muchacha al tablero de instrumentos, y de improviso soltó un redondo taco.

— ¡.,.! ¡La muy estúpida! ¡Nada menos que nos ha destrozado el mecanismo del piloto automático bloqueándolo! ¡Me parece que, de todas, formas, nos romperemos las narices contra el asteroide!

Las frases del capitán hicieron palidecer a sus subordinados, cuando comprendieron la horrible verdad. Uno de ellos, furioso, colérico, perdiendo los estribos, levantó el pie con la intención de aplastar el hermoso rostro de la que yacía inconsciente en el suelo, pero el jefe lo detuvo:

— ¡Idiota! ¿Crees que con eso lograrás reparar la avería?

CAPÍTULO IX

La luz salía a raudales, sin limitación alguna, por aquel orificio que se hallaba bajo los pies de los tres amigos, quienes permanecían mudos por el asombro ante aquel inesperado descubrimiento. Jamás hubieran soñado encontrarse con aquel estupendo hallazgo, por lo que, apresurándose Christopher, el primero en reaccionar, continuó apartando trozos de roca y echándolos a un lado, hasta que quedó completamente al descubierto una escalerilla con quince o veinte peldaños, por la que se dieron prisa en bajar, dejando a su derecha un muro completamente transparente y por el que salía el chorro de luz que hacia resplandecer como si fuera de día terrestre en aquel enorme subterráneo.

Terminado el descenso, se detuvieron ante una puerta, sin duda la esclusa exterior de aquella cavidad, a juzgar por el otro muro que se veía un par de metros más allá. Bliss tanteó la pared, buscando en vano algún mecanismo que pusiera en funcionamiento la abertura, pero de repente se detuvo estupefacto.

— ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¡Caray con la urgencia! Casi un año solo, sin que nadie me dijera buenos días siquiera y ahora se mueren de ganas por entrar.

La voz sonó encima de ellos, a través de un transmisor hábilmente disimulado entre la roca, en el lugar en que acababa la transparencia del vidrio y no pasó mucho tiempo sin que un hombre se acercara al lado opuesto de la esclusa.

Debía padecer algún defecto físico, puesto que cojeaba levemente. Su aspecto era el del hombre que se ha pasado toda su vida

en el laboratorio o en la mesa de estudios y su espalda se encorvaba bastante. Christopher le apreció bastantes más de cincuenta años y reparó en sus miopes ojos, que miraron estupefactos a los tres hombres a través de unas gafas de un dedo de grueso.

— ¡Cáscaras!—dijo el recién llegado—: ¿Se le ha ocurrido a ese pirata de Stoner enviarme los ayudantes que le pedí hace más de un año?

— ¿Ayudantes...?— dijo extrañado Aldea—. Nosotros... — pero se calló cuando Christopher hizo una expresión en su brazo, continuando:

— ¡Oh, sí, claro! Nos envía el señor Stoner. Venimos a ayudarle. Pero, ¿no cree que sería mejor abrirnos? Estas escafandras...

— ¡Oh, dispénsenme! Me había olvidado de ello. Pasen, pasen — dijo al mismo tiempo que se desviaba a un lado y manipulaba el mecanismo de apertura.

Pasaron a la esclusa y, mientras que se despojaban de los trajes espaciales, Aldea, curioso, preguntó a Christopher:

— ¿Por qué le has dicho que somos los ayudantes que le envía el tal Stoner?

—Estoy intrigado por todo esto — repuso Bliss, desenfundándose de la pesada vestimenta. ¿No os parece harto extraño lo que ocurre en este asteroide? Un laboratorio subterráneo, con un científico encerrado en él desde casi un año... En verdad que tengo curiosidad por ver para qué sirve lo que estamos viendo.

—Pero... ¿y cuando descubra nuestra superchería?— preguntó Oberth, silencioso hasta entonces.

—Cuando llegue ese momento decidiremos sobre lo más conveniente. Me parece muy extraño que Goofy nos trajera aquí sin decirnos lo que había debajo.

— ¿Tú crees que él tenga algo que ver con esta cueva? — Aldea dejó el traje a un lado, listo para franquear la esclusa interior.

— ¡Hum! Sé, porque lo averigüé antes de partir, que Goofy estaba tan arruinado que nadie le fiaba el valor de un vaso de licor. Pero, de repente va y se hace dueño de todo un equipo de minería, último grito, espacionave incluida. ¿No es paira sospechar?

Pero no pudieron seguir haciendo más comentarios. El hombre

que había al otro lado abrió la esclusa y los tres amigos pasaron dentro. Christopher se presentó y presentó a sus amigos, dando los nombre de los tres.

—Gracias — repuso el otro —. El mío es Coblentz, Alexis Coblentz, biólogo de profesión.

— ¿Biólogo? — la pregunta, impensada, se le escapó a Christopher, y el profesor lo miró sonriendo, al mismo tiempo que extrañado.

— ¡Caramba! ¿Acaso no lo sabía usted?

— ¿Eh...? ¡Oh, sí! Dispense, profesor—repuso Christopher, preocupadísimo, porque un repentino presentimiento acababa de hacer presa en su ánimo.

—Síganme, por favor — dijo Alexis Coblentz, y los tres aventureros le siguieron a través del inmenso laboratorio, en cuyo ambiente se percibía un levísimo zumbido, como de una maquinaria en funcionamiento o una lejana colmena de avispas en plena actividad.

Christopher carraspeó antes de hablar:

— ¡Ejem... profesor! ¿Sería... seria indiscreto preguntarle cuál es su especialidad?

¿Cómo? ¿Acaso no se lo ha dicho el señor Stoner?

—Pues... — Christopher reconoció que se había metido en un mal paso y quiso enmendarlo, pero el profesor no le dejó, porque se volvió y continuó andando, refunfuñando algo desagradable acerca de aquel trío de estúpidos que le habían sido enviados como ayudantes en los trabajos del descubrimiento más sensacional de los últimos siglos.

Cuando parecía que aquel paseo no iba a tener término, Coblentz se detuvo bruscamente al lado de una puerta que abrió sin vacilar, dejando escapar, envuelto en las ondas sonoras, el zumbido que percibieron al entrar, pero mucho más intenso, como si allí hubiera millones de élitros agitándose constantemente.

La habitación adyacente era circular, excavada en la misma roca, de unos veinticinco a treinta metros de anchura y en su centro, apenas a dos metros de la entrada, había una concavidad que al menos mediría diez o doce de profundidad.

Se detuvieron en seco los tres amigos. Oberth y Aldea soltaron sendos juramentos, muy poco acordes con su pretendida condición de científicos. Christopher no, porque, desde que entraron en el subterráneo, había presentido lo que en aquellos momentos tenía ante sus ojos: una masa de millones y millones de insectos como los que devoraran su asteroide, agitándose incesantemente, sin parar, provocando con sus movimientos aquel zumbido que no cesaba de ninguna manera y que era capaz de enfermar al más templado y tranquilo.

— ¿Qué les parece, caballeros? — preguntó altamente satisfecho el profesor—. ¿Se dan cuenta de la cúpula que los cubre? Están viviendo en el vacío. Dentro de ese recipiente hay tanta falta de aire como la que reina allí arriba. Mis animalitos no necesitan la atmósfera para vivir. Se fabrican ellos mismos el oxígeno.

Christopher miró al sabio:

—Realmente es un descubrimiento fabuloso, profesor. Pero me gustaría saber qué utilidad práctica tiene el asunto.

Coblentz se encogió de hombros:

— ¡Ah! Eso no es de mi incumbencia. Casi por casualidad los descubrí y el señor Stoner me encargó que siguiera adelante con mis trabajos. Me paga, ¿qué me importa lo que pueda hacer con ellos? Christopher lo sabía, pero no obstante insistió: — ¿Quiere decirnos de qué se alimentan esos bichos?

— ¿Bichos? ¿Bichos ha dicho? — el profesor se indignó enormemente—: Nada de bichos. Su nombre científico es “Spacialis Coblentzsis”, y viven de las rocas, que devoran y de las que extraen el oxígeno que les es necesario. No lo reciben del aire, como nosotros. Se lo procuran ellos mismos. Ellos...

Pero Christopher no estaba dispuesto a seguir aguantando una disertación más o menos científica. Interrumpió a Coblentz preguntándole:

—Si viven de las rocas, ¿por qué no se comen ese receptáculo?

—Porque el vidrio es lo que más se les resiste. Se multiplican rápidamente, sobre todo en el vacio sideral, no en un vacío artificial como éste, pero hay que tener en cuenta que nos hallamos en un asteroide repleto de uranio y las radiaciones de éste retrasan notablemente el ciclo de su vida.

— ¡Ah! — exclamó Bliss y no dijo más, al igual que sus compañeros.

—Bien, y ahora que ya saben cuál es mi secreto profesional, les diré cuál es su labor. Consiste en...

Pero Coblentz no pudo seguir hablando. Algo le interrumpió. Un sonido persistente que resonó sobre el zumbido de los litófagos.

—Alguien se acerca. Una astronave se nos aproxima. Quizá sea el señor Stoner.

—Tengo ganas de tener al tal Stoner al alcance de mi navaja — refunfuñó Aldea al oído de Christopher, quien sonrió sin decir nada y siguió al profesor que se había ido fuera de la habitación.

Coblentz se fue al lugar en que se escuchaba el sonido y que era otra estancia también excavada en la roca. Toda ella estaba llena de aparatos registradores y Christopher pudo apreciar una pantalla de radar en la que se veía el puntito luminoso de una espacionave que se aproximaba rápidamente, pero de una forma harto irregular, como si algo no marchara muy bien en ella.

— ¡Se va a estrellar! —gritó, sin poderse contener, Christopher.

— ¡Decelera, “hombre”!—exclamó Aldea, como si el piloto de la nave pudiera escucharle.

— ¿Quién será ese loco? Lo veo convertido en salchichas — gruñó Oberth.

— ¡Qué más quisieras tú!—ironizó Bliss, quien continuó—: Lo mejor será que salgamos fuera, aunque dudo mucho que hagamos más que en este lugar.

Coblentz aprobó la proposición de Christopher y todos se dispusieron a equiparse rápidamente con los trajes de vacío.

El asteroide se aproximaba rápidamente. En la pantalla televisora, aproximada su imagen por el mando telescópico, se veía perfectamente, en tanto que el capitán, ayudado por dos de sus compinches trabajaba frenéticamente por reparar la avería causada por el balazo disparado por Scarlett, quien, celosamente custodiada por Ramsay que permanecía allá sentado, apuntándola con una pistola, contemplaba con cierta indiferencia exterior, pero con bastante miedo en su ánimo, la serie de operaciones que ya duraban veintitrés horas y durante las cuales aquellos hombres se habían afanado por reparar el estropicio.

— ¡Maldita! —juró el capitán —. Nos mató a Colfax y ahora conseguirá hacer lo propio con todos nosotros.

— ¿Qué otra cosa podían esperar de mí? — replicó ella abruptamente—. ¿Qué me estuviera quieta? Si no me hubieran raptado no se encontrarían ahora en el atolladero en que están. Yo no les pedí qué me trajeran aquí.

Luchando con un tornillo retorcido que se resistía a salir, el jefe exclamó:

—Usted vale lo que pesa en oro.

—Gracias; pero, ¿soy yo o es mi concesión la que mantiene tal valía?

—Lo mismo da... ¡Ah! Me parece que ahora no habré fallado.

Se incorporó y tiró bruscamente de un nudo de alambres y cables, arrancándolo sin la menor compasión. Con unos alicates terminó de cortar los más recalcitrantes y hecho esto su mano asió con firmeza el puño de la palanca de energía y lo movió ligeramente hacia atrás.

Inmediatamente se sintió el brusco frenazo que dio la astronave cuando por las bocas de los tubos orientados en sentido contrario a la marcha salieron chorros de candentes llamas. Nadie tuvo tiempo siquiera de buscar un asidero y todos fueron precipitados hacia adelante, en confuso revoltijo.

Scarlett fue de los primeros en reaccionar y no dudó. No tendría la fuerza de cualquiera de aquellos hombres, pero sí la suficiente para hacer lanzar un gemido de angustia a Ramsay cuando le golpeó con el menudo puño bien cerrado en el hombro herido, con lo que el hombre se puso pálido, al mismo tiempo que de su frente brotaban gruesas gotas de un frío sudor, causado por el intolerable dolor que le había causado la repentina acción de la muchacha. Se olvidó del revólver que llevaba en la mano, pero Scarlett no pudo apoderarse de él, porque el capitán se dio cuenta a tiempo de lo que sucedía y se echó encima de la pareja que forcejeaba desesperadamente: el uno por sujetar el arma y la muchacha por hacerse con ella, tratando de aprovecharse de la ventaja que le ofrecía el hecho de que Ramsay solamente pudiera disponer de una mano.

— ¡Maldita! — repitió una vez más el capitán, apartándola de allí con toda su fuerza. Scarlett voló por el aire y su cabeza chocó contra el mamparo opuesto. Miles de estrellas comenzaron a

revolotear ante sus ojos y se sintió terriblemente mareada, incapaz de hacer ningún otro movimiento.

— ¡Encerradla en su cámara y atadla a la litera antichoque! No quiero que dé más disgustes.

Scarlett se sintió cogida en brazos y llevada al lugar ordenado por el capitán. No pudo resistir siquiera porque no tenía ánimos para ello, pero no tardó mucho en sentir la insoportable presión de las correas cuando el aparato comenzó a decelerar aún más, puesto que se hallaba demasiado próximo al asteroide y la operación que estaba haciendo ahora su jefe debía haberla comenzado al menos una hora antes.

Por ello el piloto se dio cuenta de que no podría aterrizar en la forma en que iban, ya que el planetilla se les echaba encima, a pesar de la constante disminución de velocidad. En consecuencia adoptó la única solución que cabía en aquellos momentos: desviarse ligeramente de su órbita y realizar otra circular en torno al corpúsculo celeste, durante cuyo giro tendría tiempo sobrado de decelerar en forma satisfactoria.

— ¿En qué diablos pensará ese estúpido de piloto? — exclamó Bliss, contemplando las evoluciones de la astronave en torno al asteroide. Aquélla se alejó, después de haber pasado por encima de ellos, casi rozándolos, y unas cuantas decenas de kilómetros más allá, después de haberse perdido de vista, viró en una curva de gran radio, encaminándose esta vez directamente al lugar en que se hallaban los tres amigos, en unión del profesor Coblentz.

Pero, cuando hubo tomado tierra el aparato; cuando de su interior, también equipados para vivir en el vacío, hubieron descendido sus ocupantes, Christopher no pudo contener un grito de asombro y estupefacción:

— ¡Scarlett! ¿Qué hace usted aquí?

La muchacha abrió los ojos extrañadísima igualmente. Y no se pudo contener. Antes de que sus captores reaccionaran corrió hacia él, gritando a través del transmisor:

¡Sálveme, Bliss! ¡Me traen secuestrada!

— ¿Que la traen...? — dijo Christopher, notando que su asombro iba aumentando por momento. No pensó en nada, no miró más, sino que aquella joven, con cuyo recuerdo se había sentido halagado en más de una ocasión que se hallaba en un apuro, y echó mano a su

pistolera, pero el jefe de los bandidos se le anticipó. Y era una atomizadora la que sostenía firmemente en la mano.

— ¡Quieto! ¡Quietos!—ordenó secamente—. Al primero que haga un solo movimiento lo pulverizo. Vosotros — se volvió a sus subordinados—, cuidad de que estos tipos no den un solo paso.

Luego se dirigió hacia el profesor que, como todos, también se había convertido en una estatua de piedra ante la rarísima escena que se estaba desarrollando ante sus ojos y que no comprendía en absoluto.

—Profesor Coblentz, ¿quiere explicarme qué demonios hacen estos tres individuos aquí, en su compañía?

—Pero... — el biólogo no salía de su asombro—. ¿No son los ayudantes que me envió usted, señor Stoner?

— ¡Ah! De modo que ahora no eres Corbett, sino Stoner, ¿eh? — terció bruscamente la joven, dando un paso hacia el capitán —. Supongo que Forks también te conocerá por ese nombre, ¿no>?

—Eso no te importa a ti ahora., Scarlett — exclamó el ingeniero abruptamente —. Ahora me interesa aclarar ciertas cosas.

Volvió a interrogar nuevamente a Coblentz cuando ya estuvieron todos en el interior del laboratorio subterráneo.

— ¿Cómo es que no se dio cuenta de que estos tres hombres no eran científicos de su especialidad, profesor?

La interrogación había sido hecha en tal tono, que el biólogo, amedrentado, retrocedió un paso, tartamudeando:

—Ya... bien... El caso es que... hacía tanto tiempo que los estaba esperando, señor Stoner o Corbeta... Como se llame, que ya no sé si estoy aquí o en la tierra.

—Yo le diré muy pronto dónde va a estar usted, Coblentz. Ha cometido un error, un error gravísimo y quienes trabajan para mí no los cometen... más que una vez.

El semblante del biólogo palideció, pero Corbett no le dio tiempo para más. Encañonándolo con su atomizadora, ordenó secamente a sus dos compinches:

— ¡Cogedlo y llevadlo a la incubadora! Coblentz, ha divulgado usted algo que a mí me interesaba permaneciera en secreto y tal fallo

no tiene más que una pena.

Los dos forajidos obedecieron las órdenes de su jefe, arrojándose sobre el biólogo, que se resistió desesperadamente, comprendiendo la horrible suerte que le estaba reservada. Chilló, se agitó, pataleó, pero al fin fue reducido. Corbett volvió a hablar:

— ¡Ustedes vayan delante también! Quiero que vean algo completamente nuevo.

— ¡Canalla! — barbotó Christopher, haciendo ademán de echarse sobre el ingeniero, pero éste, sonriendo sarcásticamente, le detuvo con un seco movimiento de su mano.

— ¡Quietecito, amigo! No me costaría nada hacerle desaparecer con una leve presión de mi dedo. ¡Andando!

Scarlett lo miró despreciativamente, pero, resignada, hubo de obedecer. A pesar de todo, no pudo evitar que las piernas le flaquearan, por lo que con una pálida sonrisa agradeció la ayuda que le prestó el fuerte brazo de Christopher, en tanto se encaminaban al lugar en el que ya estaban los dos forajidos con el profesor, quien se debatía inútilmente tratando de escapar al espantoso destino que el sanguinario Corbett le deparaba.

— ¡Traidor!—jadeó Scarlett, cuando vio que la tapa semiesférica de aquella enorme concavidad comenzaba a separarse—. ¡Jamás hubiera sospechado que fueras capaz de semejante crimen! Ahora ya sé quién provocó la explosión del generador…

— ¡Es igual!—se encogió de hombros, sonriente, aquel archicriminal—. ¡Vamos! ¿A qué esperáis? ¡Arrojadle a los litófagos!

Pese a sus frenéticos esfuerzos, el biólogo fue arrojado al interior de aquella “incubadora”, en la que se agitaban, espumeantes, millones y millones de aquellos temibles insectos. Durante una décima de segundo vaciló al borde de la concavidad, agitando los brazos como buscando un equilibrio que le permitiera escapar a aquella horripilante muerte que le aguardaba a menos de un metro, pero en aquel dramático instante ocurrió algo más espantoso todavía.

Riendo a carcajadas, uno de aquello individuos se le acercó para darle el definitivo empujón que lo hiciera caer en brazos de aquel gargantúa de infinitas bocas, pero las manos del biólogo, en el instante exacto en que ya su cuerpo se vencía, asieron la del forajido, con la fuerza tremenda que le infundía su desesperación.

El hombre lanzó un alarido de agonía. Luchó frenéticamente por desasirse de aquella tenaza humana, pero no lo consiguió. Muy a su pesar, exhalando alaridos que erizaban los cabellos de quienes contemplaban el alucinante espectáculo se sintió arrastrado hacia aquel pequeño cráter, en el que cayó juntamente con Coblentz.

Inmediatamente se sintió un aumento de volumen en el mosconeo de los litófagos, que cubrieron con una espesa capa los dos cuerpos. Agitándose epilépticamente, sintiendo en sus carnes miles y miles de diminutas mordeduras, Coblentz y el otro se pusieron en pie durante unos segundos. Tenían las manos ya de color marrón a causa de los litófagos que las cubrían y se apartaron los que tenían en el rostro, dejándolos ver convertidos en espantosas máscaras sangrientas.

Pero los litófagos continuaron su avance incesante, formando dos pirámides que pronto se derrumbaron, cuando las fuerzas abandonaron a aquellos desgraciados. Se movieron unos segundos convulsivamente, de una manera horrorosa, para quedarse luego muy quietos, en tanto que desaparecían definitivamente bajo la capa marrón de los insectos.

Y en aquel momento, cuando todos se hallaban abstraídos, paralizados por el espanto, a excepción de Corbett que sonreía cruelmente, una voz se escuchó a sus espaldas.

CAPÍTULO X

— ¿Qué estáis haciendo ahí? — gruñó con visible mal humor Goofy McClayden. Detrás de él se encontraba Booth Forks, con aspecto de hallarse allí, si no contra su voluntad, sí de bastante mala gana.

Corbett lo miró desdeñosamente:

— ¿Quién eres tú para pedirme cuentas de lo que hago o dejo de hacer? Eres un simple socio mío, pero cuando redactamos el contrato de nuestra sociedad declaramos que todos obedeceríais mis órdenes. Sólo así podríamos apoderarnos de las concesiones mineras más rentables. ¿Para qué creéis, pues, que tenía aquí al profesor Coblentz?

McClayden torció el gesto:

— ¿Tenías, has dicho?

El ingeniero señaló desdeñosamente con el pulgar a su espalda. Ya la masa de litófagos había recobrado su aspecto normal:

—Ahí está... si tienes curiosidad de comprobarlo, Goofy.

— ¿Por qué... — el hombrecillo tragó saliva, comprendiendo la horrible suerte del biólogo—...por qué lo... lo liquidaste...?

Corbett se encogió de hombros:

—Tuvo un patinazo. Creyó que estos tres hombres eran unos ayudantes que yo le había prometido y ello me obligó a castigarlo. Ya sabéis que no tolero resbalones en mi equipo... y tú tampoco te librarás de tu castigo, Goofy.

Éste palideció:

— ¿Yo? — exclamó —. ¿Puede saberse el motivo?

— ¿El motivo? — Corbett-Davidson rio sardónicamente —. Fuiste tan tonto o tan incauto como Coblentz. Te trajiste a Bliss y compañía para iniciar la explotación de esta mina de uranio y de esta forma descubrieron nuestro secreto. ¿Crees que, después de lo que ha ocurrido, puedo dejar impune tu falta?

—Si me hubieras dado dinero, no hubiera ocurrido lo que ahora está pasando — adujo Goofy.

— ¿Dinero? ¿Para qué? ¿Para qué te emborrachases y lo fueras pregonando a todos los vientos? Goofy, esta mina es la mejor de todas las que hay en el sistema de los asteroides, y no estoy dispuesto a que nadie se me anticipe en la explotación. Quiero mantenerla en secreto, ¿—sabes? Así venderé el uranio a quien mejor me parezca y al precio que a mí me dé la gana. Pero, ¡si casi no hace falta refinar el mineral!

— ¡La mina es mía y no dejaré que nadie me la quite!—gritó McClayden, empezando a perder los estribos—. ¡La descubrí yo y...!

—A propósito, Goofy — Corbett frunció el entrecejo—. Si tú no tenías un cuarto, ¿quién te adelantó el dinero para el equipo? El venir aquí te habrá costado una millonada y a ti nadie te fiaba ya ni un vaso de “whisky”.

—Lo encontré. Un amigo que confió en mí, me lo prestó.

—Conque un amigo te lo prestó, ¿eh? — volvió a reír el ingeniero —. Y, ¿se puede saber quién ha sido ese solemnísimo idiota?

Forks no pudo evitar el enrojecer y Corbett se dio cuenta de su turbación.

— ¡Vaya, vaya, querido Booth! ¿También eres traidor?

—Aquí no hay más traidor que tú — replicó el aludido, sacando fuerzas de flaqueza—. Me parece que ya te hemos calado. Eres un granuja de marca

Que nos has tenido engañados. Ahora ya veo de qué pasta estás hecho. Y aseguraría que tus intenciones no son otras que las de quedarte solo con todas nuestras propiedades.

—Booth, me asombras. ¿Acaso usas bola de cristal, como los adivinadores del porvenir? De otra forma no consigo explicarme tu clarividencia — dijo irónicamente Corbett.

—Ya veo que es cierto lo que dices— rugió, fuera de sí, al darse cuenta de la trampa en que había caído, Forks—, pero no te saldrás con la tuya, ¡Antes... ¡

Echó mano a su pistola, despreciando la desventaja que para él suponía el que Corbett ya la tuviera en su mano. Pero, naturalmente, el ingeniero fue más rápido y Forks no tuvo tiempo material siquiera de tocar con sus dedos la culata de su atomizadora.

Del cañón del arma que empuñaba Corbett salió un hililllo de luz, rectilíneo, de un color deslumbrante blanco verdoso. La raya luminosa se encaminó directamente al pecho de Forks quien se quedó rígido, en la misma posición en que le había sorprendido el silencioso disparo, ligeramente encorvado hacia adelante, con el brazo derecho medio doblado, mirando con intensa expresión de odio a su oponente, convirtiéndose en una estatua fulgurante, que desapareció al cabo de un segundo, sin que de él quedase otro rastro que una leve columnita de humo obscuro que se deshilachó en seguida, quedando solamente un insoportable olor a carne asada.

Goofy se sintió atacado de un pánico cerval al ver desaparecer a

su compinche. Advirtió, helada la sangre en las venas, cómo la pistola de Corbett se dirigía hacia él, y dio media vuelta, tratando de buscar una hipotética salvación en la huida.

— ¡No! ¡No, por el amor de…! —gritó empavorecido, pero calló al instante, cuando en su espalda notó la quemadora del disparo desintegrante. Sintióse envuelto en una nube ardiente y ya no vio más, porque, al igual que Booth Forks, desapareció convertido en humo.

Corbett soltó una carcajada sardónica, henchido de satisfacción.

— ¡Estúpidos! —interpeló a aquellos dos seres ya desaparecidos —. ¿Creíais que iba a partir mis ganancias con vosotros?

Scarlett se apretó instintivamente contra Christopher, quien la rodeó el talle con sus brazos. Advirtió la extraña luz que brotaba de los ojos del ingeniero.

— ¡Se ha vuelto loco! —musitó apenas.

Corbett seguía riendo, pero de repente exclamó;

— ¡Vosotros! ¡Fuera de aquí! ¡Ramsay!

—Oiga, jefe — contestó el forajido, no sin cierto temblorcillo en la voz.

—Sal un momento de aquí con estos tipos. Que te acompañe tu compadre. Tengo que cambiar unas palabritas con la chica.

—Está bien, patrón. ¡Andando! —masculló Ramsay, pero Christopher hizo caso omiso de sus órdenes.

Avanzó, con los puños cerrados, hasta ponerse casi en contacto con el ingeniero, despreciando la posible amenaza de un disparo desintegrante.

—Corbett, hasta ahora no le conocía, pero acabo de darme cuenta de que es usted peor que una manada de lobos salvajes.

— ¿Y qué? ¿Qué pueden importarme a mí sus opiniones? ¡Salga! ¡Salga de aquí o…! —gritó Corbett, excitadísimo, agitando nerviosamente la pistola.

Scarlett terció entonces:

—Obedézcale, Bliss. Ya procuraré que no me ocurra nada.

Christopher crispó sus puños.

—Si ello ocurriera, sería capaz de romperle el cuello con mis manos. No lo olvide, Corbett.

Éste rió desagradablemente.

—Usted no se encuentra ahora en condiciones de dictar órdenes. El único que puede decir lo que se debe y lo que no se debe hacer soy yo. Y basta. ¡Largo de aquí!

Obedecieron los tres compañeros saliendo de aquel antro y deteniéndose a unos pocos pasos de la puerta. Oyeron cómo conversaban Scarlett y el ingeniero, pero no pudieron distinguir claramente sus frases, a pesar de que en las que profería la muchacha se percibía claramente la irritación de que estaba poseída.

— ¡Jamás! ¡No consentiré tal cosa! —se oyó en cierta ocasión, cuando ella, perdiendo los estribos, alzó demasiado la voz.

Corbett la contestó en el mismo tono:

— ¡Firmarás! ¡Firmarás, aun cuando tenga que obligarte a ello a latigazos!

— ¿Firmar? Y que en cuanto haya accedido a tus deseos de entregarte mi concesión, me hagas desaparecer como a esos desgraciados. No, en mis días. Puede que muera, pero no lograrás que consienta en lo que me pides.

—Yo sabré obligarte a ello — rugió Corbett, exasperado ante la tozudez de la muchacha—. Aunque tenga que esperar diez anos.

— ¿Diez años? ¿Crees que no empezarán a buscarme antes, sobre todo cuando sepan que no he llegado a la mina? Tendrás toda la policía de Cereida tras de tus huellas y un día u otro no dejarán de encontrarte...

Calló bruscamente Scarlett. Durante unos segundos reinó el silencio más absoluto, hasta que fue roto por un alarido desgarrador, lanzado por la garganta de la joven, y entonces Christopher entró en acción, despreciando todos los peligros.

Tenía a su izquierda a uno de los forajidos que le apuntaba firmemente con su pistola. Pero desvió su mirada instintivamente hacia el lugar de que había salido el grito de Scarlett y aquello fue bastante para Bliss, quien, agachándose para evitar las consecuencias de un posible disparo de su enemigo, se tiró a fondo, en un magnifico plongeón.

Su cabeza impacto contra el estómago del individuo, haciéndole perder el equilibrio. Extender su mano izquierda y apoderarse de su muñeca, retorciéndola cruelmente, fue cosa de un instante. El tipo lanzó un berrido, acallado inmediatamente, cuando el minero, después de arrebatarle la atomizadora, le dio con la culata en su cabeza, dejándole inconsciente.

Ni Oberth ni Aldea habían estado quietos en cuanto vieron a su amigo ponerse en movimiento. Como si sus mentes hubieran estado unidas telepáticamente, se arrojaron a la vez sobré Ramsay, quien, no obstante, logró disparar una sola vez su arma.

El latigazo desintegrante alcanzó de lleno a Oberth, que se inmovilizó súbitamente, para desvanecerse al segundo siguiente. Pero ya no había fuerza humana capaz de detener el salto del español, en cuya mano derecha brillaba siniestramente el acero de su navaja.

Gorgoteó siniestramente Ramsay cuando sintió el helado contacto del metal en su garganta, mas ya no pudo emitir otra cosa que roncos gemidos. Pataleó en el suelo, debatiéndose estérilmente en las convulsiones de la agonía, en tanto que de su abierta yugular brotaba un arroyo de sangre.

Saltando por encima de él, Christopher pasó a la incubadora. Pero allí le aguardaba una desagradable sorpresa.

— ¡Pase, amigo, pase! —rió descaradamente Corbett. Tenía sujeta a la muchacha por el talle, en tanto que con la otra mano, en la que sostenía firmemente la atomizadora, apuntaba hacia aquel esbelto cuerpo, que había cesado en todos sus movimientos.

Christopher detuvo su índice cuando ya éste comenzaba a hacer presión sobre el gatillo.

— ¿No quiere verla morir? ¡Pues arroje su arma, amigo!

— ¡No, Chris, no!—gritó Scarlett—. En cuanto lo hagas, disparará contra ti.

—Y si no me obedece serás tú la que desaparezca, Scarlett —dijo con ferocidad Corbett. Pero, en aquel momento, alguien irrumpió inesperadamente.

— ¡Corbett, dese preso!

Christopher se volvió asombradísimo, estupefacto.

— ¡Trytell!—exclamó, y luego continuó—: Escuche, yo no soy el

asesino de Gauss…

—Ya lo sé — contestó el comisario de Cereida, que no venía solo. Dos o tres hombres, provistos de estrellas de seis puntas en el pecho, le acompañaban.

Y todos empuñaban firmemente sus respectivas pistolas.

Trytell continuó:

—Forks me lo contó todo. Ya sé quién es usted, Corbett, y le recomiendo no agrave su situación cometiendo crímenes innecesarios. Suelte la atomizadora y deje libre a la señorita O'Hara.

— ¿Cree que soy tonto, comisario? ¿Cree que, mate o no mate a Scarlett, me libraré de ir a la cámara desintegradora, si no logro salir de aquí? Ella me servirá de rehén, y en tanto ustedes no se hayan largado del asteroide no la soltaré. Elijan.

Y procuren no mover un solo músculo o dispararé sin compasión.

Christopher se pasó la lengua por los resecos labios. Comprendió que lo que decía aquel maniático era la pura verdad. Antes de que tuvieran tiempo de dar siquiera un paso, aquella pistola, apoyada firmemente contra el costado de la muchacha, sería disparada, haciéndola desaparecer. Corbett rió de nuevo.

— ¿Qué? ¿Todavía no se deciden? Voy a perder la paciencia y…

— ¡Márchense! ¡Márchense, por favor!—rogó Scarlett angustiada —. Déjenme a mí con él. Así evitaremos que siga cometiendo más crímenes.

— ¡Guapa chica!—elogió el ingeniero—. Tiene más sensatez en su adorable cabecita que todos ustedes juntos en las suyas. ¿No la han oído?

Todos empezaron a retroceder lentamente, pero entonces un soplo de esperanza alentó en los ojos de Christopher, cuando vio un brillo repentino en los hermosos de Scarlett, indicador de que la joven había tomado una decisión. Y ella se aprovechó de la ligera distracción de su captor, para, con un brusco movimiento, desasirse de la mano que la tenía sujeta y, desviando al mismo tiempo la que sostenía el arma, darle un fuerte empujón.

La súbita reacción de Scarlett cogió totalmente desprevenido al ingeniero. Vaciló y apretó el gatillo, todo a una.

Su disparo fundió parte del techo, pero, cuando esto ocurrió, ya caía hacia la incubadora, semienterrándose en la masa de voraces litófagos, que lo cubrieron totalmente antes de que pudiera evadirse de aquel hoyo de horror. Corbett se levantó de un salto y todos presenciaron la espantosa escena que se sucedió.

El criminal se dio cuenta de que ya no tenía salvación posible. Los insectos le cubrían, en una capa de más de cinco centímetros de espesor, de pies a cabeza, cegándole, totalmente.

Manoteó desesperadamente para librarse de aquel alucinante burbujeo que lo devoraba vivo, pero no pasaron treinta segundos sin que se convenciera de la inutilidad de sus esfuerzos. Y entonces, con sus últimos alientos, con el último soplo consciente de su cerebro, volvió la pistola hacia sí.

Si la anterior escena había sido todo un mundo de horror, la que siguió fue más espeluznante todavía. ¡Pues Corbett, con todos los litófagos que lo cubrían, desapareció convertido en una nubecilla de humo obscuro, terriblemente maloliente! Y la desintegración se comunicó al resto de la incubadora, comenzando a desaparecer aquellos millones de animales, devorados por la deflagración nuclear provocada por el último disparo del ingeniero.

Un intenso, espantoso hedor se esparció por el ambiente. Christopher tomó en sus fuertes brazos a Scarlett, que, desaparecida la tensión nerviosa que la había sostenido hasta entonces, estaba a punto de perder el conocimiento, y echó a correr hacia la salida. Apreció cómo los policías se llevaban al único forajido superviviente, pero no hizo mucho caso. Le interesaba más, muchísimo más, la preciosa carga que llevaba en brazos.

Horas más tarde, todo aclarado ya volaban por el espacio rumbo a la mina de Scarlett.

—Necesito un ingeniero jefe — dijo ella, sonriendo picarescamente.

— ¿Solamente un ingeniero? — dijo Christopher, con malicioso tono.

—El que lo sea, si quiere “ascender”, tiene que ganárselo a pulso.

— ¿Cree usted, Scarlett, que yo seré digno de ese “ascenso”?

—Tendrá que trabajar mucho, Chris.

—Me parece que ya lo he conseguido — rió él jubiloso.

— ¿Por qué? — preguntó la muchacha, extrañada.

—Me ha llamado ya como si fuera algo más que un ingeniero para usted, Scarlett. Así no me llaman más que los muy íntimos.

En un rincón de la cabina, Aldea y Trytell sonreían contemplando la pareja, adivinando, sin escucharlo, el cuchicheo de Christopher y Scarlett.

—Acabará en boda — dijo sentenciosamente el español—. ¿Un cigarrillo, jefe?

—Gracias, Aldea. Creo que dentro de poco tendré que desenterrar el chaqué — fue la respuesta del comisario, que aplicó una cerilla al cigarro.

FIN

PRÓXIMO TITULO

F. B. I. contra Marte

Dentro de pocos meses, Marte estará a cincuenta

y seis millones de kilómetros de nuestro planeta. Quizá para entonces quede resuelto el misterio de su supuesta habitabilidad. Pero, en tanto llega ese momento, en este sugestivo título se aclara el misterio de los platillos volantes.

¿Vienen de Marte? ¿Somos observados desde el IV Planeta? ¿Está habitado por una raza inteligente?

F. B. I. contra Marte

Una obra en la que la angustia y la emoción más desatadas se aúnan con una trepidante acción, excelentemente narradas, gracias a la ágil y vetusta pluma del acreditado autor Louis G. MILK.